

PÓQUER DE DAMAS



ALAN STAR

POQUER DE DAMAS



Póquer de damas

Por

Alan Star



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B. 5669 - 1961

Número de Registro: 129 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



EJA de llorar ya! — gritó.

Porque lo que más le exasperaba eran las lágrimas y aquel modo de sollozar, que catalogaba como histérico, nervioso e irritante hasta lo imposible.

¡Qué error había cometido haciendo creer a aquella mujer que estaba locamente enamorado de ella!

Y ahora, examinando detenida y fríamente todos los detalles, llegaba a la conclusión de que ella jugaba un papel desesperante, una comedia burda con la mente fija en su fortuna.

Hasta entonces, mientras las cosas fueron bien, él no llegó nunca a pensar que Alice tuviese sus hermosos ojos fijos en su talonario de cheques.

Pero ahora estaba seguro.

No podía comprender, de otro modo, la escena de aquella noche, cuando ella, por un fútil motivo, se había echado a llorar, diciéndole que jamás le había hablado de matrimonio.

¿Matrimonio?

Justin estuvo a punto de lanzar la más ruidosa carcajada que ella hubiese oído jamás.

¡Matrimonio!

¿Es que se había vuelto loca?

Tenía él mucho que hacer y correr en la vida antes de decidirse —si alguna

vez lo hacía— a atarse para siempre a una mujer. Y, menos aún, al lado de una mujer como Alice.

La examinó, ahora, mientras ella, con el rostro entre las manos, daba rienda suelta a su llanto.

Era bonita, sin ningún género de dudas, aún en aquellos momentos. Y la línea atrevida y juvenil de su cuerpo poseía un atractivo maravilloso. Pero aquella belleza no la imputaba Justin a su poseedora, sino que venía a agregarse a lo que él llamaba “su buen gusto”, resumiendo así la ilógica construcción: «ella es hermosa porque yo la he visto y conquistado”.

Y fue entonces cuando Alice levantó la cabeza.

—¿Cómo? —exclamó, mirándole con asombro—. ¿Todavía te atreves a reír? ¿No tienes bastante con el dolor que me has producido?

—Vamos, vamos, querida...

—¡No me llames así!

—Como quieras; pero, por favor, serénate. No es para tanto.

—¡Eso es lo que tú crees! Te he dedicado todo un año de mi vida... todo un año, ¿me entiendes? Te he amado como nunca amé a nadie. Y ahora, cuando, convencida de que me querías, al menos un poquito, te pido que regularicemos nuestras relaciones ante el mundo... ¡te echas a reír!

—No me reía de eso, aunque convendrás conmigo que tu posición es un poco ridícula.

—¡No hay nada ridículo cuando se reclama lo que se tiene derecho!

Él se encogió de hombros.

Mirando ahora a Justin Bates, Alice tuvo que convenir que era un hombre extraordinariamente atractivo. Alto, esbelto, con un tono mate de piel, poseía un corte clásico de rostro. Y el bigotillo, bajo su nariz recta, le daba una nota de indudable distinción.

Iba vestido de un modo elegantísimo, pues hasta el último detalle había sido cuidadosamente estudiado, lo que le prestaba el aspecto de un verdadero “gentleman” de los pies a la cabeza.

No era extraño que ella se hubiese enamorado tan locamente de él; pero la verdad es que estaba plenamente convencida de que él también la quería... aunque no fuese con la impetuosa pasión de ella.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió, molesta y asustada, al mismo tiempo, de aquel silencio que se le antojaba duraba ya demasiado.

—¿Hacer? ¿Qué quieres decir?

Ella se había secado las lágrimas y su pecho se alzaba ahora en una respiración sin sacudidas, casi completamente normal.

—No podemos seguir así...

—¿Por qué no? ¿Es que no eres feliz?

—No.

—Pues yo, sí.

Y era cierto.

Aunque la felicidad de Justin estaba centrada precisamente en lo que era infelicidad para la muchacha. Estaba contento porque entreveía ya la posibilidad de terminar definitivamente con ella, mucho antes de lo que había osado esperar.

Y, sobre todo, después de haber encontrado a la pelirroja aquella tarde, en la cafetería.

¡Qué criatura!

Desde luego, era completamente imposible establecer la más ligera comparación entre aquella mujer de cabellos de fuego y Alice. Pues si bien ésta era hermosa y había sido el orgullo de Justin cuando la llevaba algunas noches al teatro, la otra —estaba completamente seguro— hubiera provocado un verdadero escándalo en una fiesta mundana.

Sólo le bastaba recordar las ávidas miradas que todos los hombres presentes en la cafetería la habían dirigido cuando avanzó entre las mesitas para venir, precisamente, a sentarse a la suya.

Verdad era que la cafetería estaba casi llena, pero había otras mesas, parcialmente ocupadas, en una de las cuales ella podía haber tomado asiento.

Pero vino “a la suya”.

Los hombres se morían de celos y las mujeres de rabia, cuando la escultural pelirroja se quitó, con la ayuda de Justin, su estola de visón, dejando a la vista unos hombros desnudos y que parecían haber sido, como el resto del cuerpo, torneados por una mano maestra.

Habían hablado un poco de cosas intrascendentes, pero cuando Justin le dijo que le encantaría volver a verla, ella había contestado que aquella noche iba al Teatro Colster y que tampoco le desagradaría encontrarle a la salida.

Justin abombó el pecho.

No cabía la menor duda de que poseía un especial atractivo para las mujeres, pero jamás creyó que aquel atractivo fuera tan fuerte como para conquistar a una mujer como la pelirroja de la cafetería.

¿Cómo había dicho que se llamaba...?

Sí, ya lo recordaba. Se llamaba Beatrix pero le rogó que la llamase Trixy, un encantador diminutivo que le sentaba a las mil maravillas.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace sonreír de esa manera?

La voz de Alice le hizo volver a la realidad de repente.

¡Cómo le parecía ahora poca cosa la mujer que estaba ante él!

Hasta le era posible sobreponer el recuerdo de Trixy y su hermoso rostro sobre el de Alice, haciendo resaltar aún más los rasgos duros de ésta y las

inevitables huellas que el llanto y los afeites estropeados habían dejado en su cara. Era algo francamente desagradable.

Se decidió.

Tenía que terminar cuanto antes, bruscamente, ya que hasta la atmósfera que respiraba en aquella habitación estaba empezando a enrarecerse, haciéndose rápidamente irrespirable.

—¿Es que no puedo sonreír? —inquirió, con un tono áspero en la voz.

—No creo que sea el momento más adecuado.

—Eso depende de nuestros opuestos puntos de vista.

—Comprendo. Encuentras ridícula mi actitud, ¿verdad?

—Por completo, para serte franco.

—Ya me doy cuenta. Y hasta te creo capaz de encontrarme fea y desagradable.

—No es que ahora estés lo que se dice precisamente atractiva...

—¡Canalla! No me dijiste esto a lo largo del año que acaba de pasar.

—¡Y dale con contar el tiempo! Eres una mujer-reloj... y no creo que te convenga llevar la cuenta de los años de esa manera implacable.

—¡Bandido!

Había llegado el momento de enfadarse.

—¡Alto ahí, Alice! Estás pasándote de la raya, puesto que yo nunca me atreví a insultarte...

—¡Porque jamás te di motivos para ello!

—No lo creas... Podría decirte que eres bastante estúpida, demasiado segura de ti misma y lo suficientemente histérica como para exasperar al hombre más ecuánime.

—¿Eh? ¿Te atreves a decirme todo eso?

—Creo que ya lo he dicho. Espero que no me obligues a la desagradable tarea de repetírtelo.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de mi casa! ¡No quiero volver a verte nunca más! ¡Eres el más indigno de los hombres que he conocido! ¡Y yo que te tomé por un caballero!

—Lamentable equivocación que yo también sufrí al creerte una señorita...

—¡Fuera de aquí!

Se levantó, despacio, íntimamente contento de haber conseguido lo que se proponía.

Alargó la mano para coger su abrigo y se dirigió a la puerta, tan digno y tan señor como siempre.

Ella, temblando de pies a cabeza, estuvo a punto de correr hacia él, de arrodillarse, de suplicar que la perdonase, de asegurarle que podían ser

nuevamente muy felices. Pero no lo hizo.

Prefirió quedarse allí, inmóvil, sintiendo su propio dolor que le penetraba en el alma como un cuchillo afilado, oyendo los pasos de él en el pasillo y luego el ruido del ascensor que subía al ser llamado desde el piso.

A medida que los sonidos que llegaban de él se fueron perdiendo y que el silencio se hizo enorme y profundo como una sima, Alice se sintió caer dentro de aquel abismo, de donde, estaba completamente segura, no podría salir jamás.

Se dirigió lentamente, como arrastrándose, hacia la cocina, deteniéndose ante los mecheros de gas, donde cayó de rodillas.

Luego, una de sus manos, que parecía obrar por sí misma, sin el concurso de la voluntad de la muchacha, se apoyó en los mandos, girando uno tras otro.

Se oyó el escalofriante silbido del gas que salía de los tubos.

Y fue entonces cuando una silueta apareció detrás de ella. Cerró la llave del gas con mano decidida y obligó a la muchacha a ponerse en pie, abofeteándola para sacarla del marasmo de depresión en el que se hallaba hundida.

—No, pequeña —dijo—. No hay que hacer esto. Tú no eres la culpable, y si alguien ha de pagar, debe ser él.

* * *

En el Colster se representaba una comedia nueva con un tema de los que se estaban poniendo de moda desde la ocupación y colonización de Venus y Marte. El título “Pioneros del Espacio”, no encuadraba, a decir verdad, con el tema jocoso de la obra, que retrataba, más que las miserias, las situaciones chocantes de un grupo de hombres y mujeres que intentaban, solemnemente, establecer una sociedad en el planeta al que habían llegado, poniendo una seriedad cómica en sus propósitos que al final, lógicamente, las pasiones humanas hacían fracasar rotundamente.

Justin, incapaz de esperar a la salida, sacó una localidad, pero sólo pudo ver el acto tercero, sin mucho entusiasmo, ya que durante todo él, apenas si hizo caso a lo que pasaba en escena, buscando afanosamente, sin éxito, a la hermosa pelirroja.

Salió el primero, abandonando su butaca cuando aún el público aplaudía a los actores.

Se colocó a un lado, mirando el chorro de gente que vertieron las puertas momentos más tarde. Había dejado el coche aparcado no lejos de allí y, como en cada ocasión que iniciaba una conquista, el corazón le latía con fuerza, como le ocurrió la primera vez.

¡Acababa de verla!

No llevaba su estola, sino un abrigo de marta cebellina, de ancho cuello, con el que se cubría parte del rostro. Pero su hermosa y sedosa cabellera

lanzaba unos reflejos rojizos que parecían llamas.

—¡Eh! —llamó Justin, abriéndose paso a codazos entre la gente que le separaba de la muchacha.

Ella volvió el rostro hacia él, sonriendo al reconocerlo.

Y cuando el hombre consiguió llegar a su lado, dijo:

—¡Buenas noches!

—Buenas noches. Tengo el coche ahí al lado. ¿Me permite?

Le había ofrecido el brazo y ella se colgó a él, siendo arrastrada suavemente hacia el otro lado de la calle donde Justin tenía su birreactor “Cadillac”, último modelo, azul eléctrico.

—Bonito coche —dijo ella.

—¿Le gusta?

—Muchísimo.

—Pues está a su entera disposición.

—Muy galante.

Le abrió la puerta y ella se sentó, esperando a que él diese la vuelta para penetrar en el vehículo por el otro lado.

—¿Dónde vamos? —inquirió él, una vez sentado junto a la muchacha y sin dejar de mirarla con admiración.

—A beber algo. Podemos ir, si le parece, al “Holmer”...

—Donde usted ordene, divinidad.

El coche se puso en marcha en medio de un silencio completo. No se oía el ruido del motor en absoluto, pero Justin sabía que una pequeña presión en el acelerador, si las calles estuvieran desiertas, le haría partir como un rayo.

Condujo hasta la luminosa puerta del local que ella había elegido. El “Holmer” cerraba muy tarde y aún estaba casi completamente lleno, sobre todo con la gente que, como ellos, iban a pasar un rato allí después de la salida de los teatros.

La entrada de la muchacha causó, como ya presumía Justin, una verdadera sensación. Todas las miradas, tanto masculinas como femeninas, la siguieron hasta que, ayudada por su acompañante, se quitó el abrigo, mostrando un traje de noche de corte excepcional que se ceñía a su cuerpo magistralmente.

—¡Está usted maravillosa! —exclamó él, sin poder contener el orgullo que le procuraba estar a su lado.

Ella se limitó a sonreír; cuando el camarero se les acercó, pidió:

—Yo quiero un “dry” seco.

—Igual para mí —repitió él.

Después charlaron de mil cosas distintas, pero Justin se aprovechó para decir que era el dueño de la cadena de supermercados “Bates”.

—¿Sabe usted, amigo mío, que tiene todo el aire de ser un gran conquistador? —le interrumpió ella de pronto.

Él sonrió, halagado hasta lo más íntimo.

—No es cierto —se apresuró a decir—. Soy un hombre vulgar y sencillo...

—No puedo creerlo. ¡Seguro que ha destrozado más de un corazón femenino!

—Exagera usted, Trixy.

—No lo creo. Pero, en fin, tengo que decirle que me agrada su compañía y que estoy francamente contenta de haberle conocido.

Él se apoderó de una de las manos de la muchacha.

Y estrechándola con fuerza entre las suyas, preguntó:

—¿De veras?

—Es cierto, Justin. ¿Me deja llamarle así?

—¿Qué si la dejo? ¡Me encanta que lo haga!

—Pues siempre le llamaré así.

—¿Siempre?

Ella rio.

—Creo que es hora de que nos vayamos. No acostumbro a volver a casa tan tarde, pero hoy ha sido una agradable excepción.

Salieron del local, dirigiéndose hacia el coche.

—¿Me permite llevarla hasta su casa?

—No me encuentro con fuerzas para evitarlo.

Le dio la dirección, en uno de los barrios residenciales de la ciudad y él condujo en silencio, diciéndose que aquello era un verdadero milagro, y alegrándose de haber acabado justo a tiempo con Alice, estando ahora completamente libre para poner dedicarse a la conquista de la preciosidad que llevaba al lado.

«Sí —pensó, mirándola de reojo—, es la mujer más hermosa que he conocido en mi vida. Y por primera vez siento que estaría dispuesto, si ella me lo propusiese, a decirle que podíamos casarnos esta misma noche...”.

Detuvo el coche ante una mansión rodeada por un amplio parque.

—¿Es aquí?

—Sí.

Ella tendió la mano, para que él la estrechase, pero la sangre ardía ya en las venas de Justin, que cogió el brazo, atrayendo a la muchacha hacia él.

—¿Es que no me va a dejar besarla? —inquirió.

—Se lo ha merecido.

Y después de ofrecerle sus labios, ella le besó en las mejillas y en la frente,

desasiéndose de él y bajando del coche.

Poco después, mientras se dirigía hacia el centro de la ciudad, Justin sentía los mismos efectos que si se hubiera bebido una botella entera de “whisky”.

CAPÍTULO II



ARKINS, el ayuda de cámara de Justin, echó una desconsolada mirada al reloj del salón, diciéndose si no era prudente llamar a su amo.

Volvió a consultar el cuaderno de notas que tenía en la mano, releyendo todo lo que Justin debía hacer aquel día y deteniéndose ante una de las notas en la que se decía que Bates debía acudir, sin falta, a la una de la tarde, a un importante Consejo de Administración que debía celebrarse en uno de los

edificios de los Supermercados.

Eran ya las once y media.

Parkins se dijo que el baño y el desayuno iban a entretener a su señor cerca de una hora, lo que le dejaría poquísimo margen para llegar a tiempo a la reunión.

Esto fue lo que le decidió.

Obrando con la misma meticulosidad de cada día, Parkins abrió silenciosamente la puerta del dormitorio, sabiendo que sus pisadas no iban a oírse en absoluto, ya que la espesa alfombra que cubría la estancia las ahogaría por completo.

Atravesó la habitación, que estaba completamente a oscuras. Pero sabía moverse por allí con los ojos cerrados y no tropezó con ningún mueble, hasta llegar junto a las ventanas, de cuyas espesas cortinas tiró, dejando que la luz del día penetrase a chorros por los amplios ventanales.

Miró luego al lecho.

Como de costumbre, Justin no dejaba asomar más que un poco de cabello por entre el embozo de la sábana.

Parkins se acercó.

—¡Señor! —llamó.

Tuvo que insistir varias veces hasta conseguir que Justin, después de moverse inquieto, terminase por sentarse en la cama.

—¿Tan tarde es, Parkins? —inquirió, con los ojos hinchados aún por el sueño.

—El señor tiene que desayunar y bañarse bastante aprisa para asistir al Consejo de Administración de la una.

—¿Qué hora es?

—Vamos camino de las doce, señor.

Naturalmente, Parkins había visto las marcas de rojo que se veían en el rostro de su señor, pero estaba demasiado acostumbrado a aquella exposición de pintura matutina para extrañarse de ello.

—¿Está el baño preparado? —inquirió Justin, saltando del lecho.

—Como cada día, señor.

—Perfectamente. Ve a preparar el desayuno. Batiré el récord de velocidad y ya verás cómo llego a tiempo a esa fastidiosa reunión.

—Está bien, señor.

Una vez hubo desaparecido el criado, Justin sonrió, pensando en lo maravilloso de la noche anterior e imaginando lo que serían las futuras noches.

—Es deliciosa... —dijo.

Era curioso, pero había dejado de pensar en Alice y podía decirse que, como había ocurrido en otras ocasiones semejantes, la había olvidado por completo.

Se dirigió hacia el cuarto de baño.

Y fue al entrar en la espaciosa estancia, en la que la bañera de dimensiones colosales estaba empotrada en el piso, no sobresaliendo más que un borde de unos diez centímetros, cuando, al mirarse en el espejo que cubría la totalidad de una de las paredes, lanzó una carcajada.

Acababa de ver las nítidas huellas que habían dejado en su rostro los labios de la maravillosa criatura a la que había acompañado hasta su casa.

“¡Pobre Parkins! —pensó, sin dejar de reír—. ¡Es un verdadero ayuda de cámara! La de esfuerzos que habrá tenido que hacer para no reír a carcajadas al ver mi cara...”.

Se desnudó, hundiéndose en la deliciosa sensación del agua, caliente. Cerró los ojos y se dejó llevar por el efluvio de las sales que Parkins había vertido en el agua.

Luego se lavó, frotándose fuertemente el rostro con la manopla de crin.

Estaba contento.

Había quedado citado con la muchacha para verse aquella misma tarde en el “Holmer”, donde merendarían juntos antes de ir a algún espectáculo o a bailar.

¡Menuda conquista!

Cuando salió del baño, echándose el albornoz sobre los hombros, se miró en el espejo y frunció el ceño.

¡Las huellas de los labios de Trixy seguían allí, con la misma intensidad que antes!

Destapó un frasco de agua de colonia, con fuerte concentración de alcohol y se puso a frotar como un desesperado.

Pero no consiguió nada.

Furioso, pulsó el botón y Parkins apareció instantes después.

—Señor...

—Ven aquí, amigo... ¡No consigo borrar estas marcas de rojo! Ayúdame.

—Sí, señor.

Las manos del ayuda de cámara eran mucho más recias que las suyas y Justin gritó un par de veces.

—¿Le hago daño al señor?

—Un poco, pero no importa. ¡Sigue!

De nada valieron los esfuerzos del criado, cuya frente estaba perlada de sudor cuando finalmente dijo:

—No puedo, señor...

Justin se miró en el espejo, con desesperación.

—¡No comprendo! ¡Esto es imposible! Pero ¿qué demonios utiliza esa muchacha para pintarse los labios?

—Lo ignoro, señor.

—¡No puedo presentarme así en el Consejo, compréndelo, Parkins! ¡Les haría reír todo un mes!

—Yo opino que el señor no puede salir a la calle con esa... pintura.

—Y tienes toda la razón. ¿Qué podemos hacer, Parkins? Tú eres un hombre inteligente que suele encontrar solución a muchas cosas...

El mayordomo meditó unos instantes. Al cabo dijo:

—Yo sugiero al señor que llame a uno de esos especialistas en rojo para labios de mujer. Creo que el señor conoce al director de la casa “Doux Baiser”.

—¡Tienes razón, Parkins! ¡Eres un tío grande! ¡Llámale por teléfono, anda! Voy a vestirme mientras tanto.

—¿El señor no quiere que le ayude a hacerlo?

—No. Me vestiré yo solo. Telefonea a ese tipo.

—Bien.

Justin se vistió velozmente, sin dejar, por eso, de echar alguna que otra ojeada irritada al espejo.

Luego pasó al dormitorio, justo cuando Parkins se acercaba, tirando del largo cordón del teléfono.

—¿Ya está?

—Sí. El señor Madison está a la escucha.

Justin se apoderó frenéticamente del aparato.

—¿Albert?

—Sí. ¿Eres tú, Justin?

—El mismo. Oye, amigo, es muy urgente. Me encuentro en un verdadero aprieto.

—Tú dirás.

—Mira... ayer estuve unos momentos con una muchacha...

—¿Otra?

—Déjame seguir, por favor. La chica me besó y no consigo hacer desaparecer el rojo de mi cara. Quiero que vengas, con lo que sea, y me quites estas marcas. Tengo un Consejo para la una.

El otro río.

—No es cosa de broma, Albert; te lo aseguro.

—No te preocupes, muchacho... aunque, a decir verdad, te merecías una broma como esa. Así aprenderás a dejar alguna mujer bonita para los demás.

—¿Vas a venir?

—Sí. Llevaré unos reactivos y te quitaré esas manchas en un abrir y cerrar de ojos. Hasta ahora mismo, donjuán.

—¡Ven pronto!

Bates colgó el teléfono, y después de encender un cigarrillo, dirigiéndose al imperturbable mayordomo, explicó:

—Todo se va a arreglar, Parkins. Y recuérdame, cuando venga el señor Madison, que le diga que nos envíe un lote de esos reactivos que va a emplear conmigo. Porque parece que voy a tenerlos que utilizar con frecuencia...

Y se echó a reír.

Quince minutos más tarde, Albert Madison, con un maletín en la mano, entraba en la habitación, sonriente.

Era un hombre gordo, de rostro simpático, vestido de claro y con las mejillas sonrosadas como las de un niño.

—¡Hola! —saludó, y cuando se fijó en la cara de su amigo—: ¡Qué enormidad! Daría cualquier cosa por despertar pasiones como las que tú produces en las chicas... ¿Era bonita?

—¡Maravillosa!

—Siéntate aquí y estate quieto. Traiga una toalla de baño, Parkins. No quiero estropear el traje de tu amo.

—Enseguida, señor Madison.

Una vez cubierto por la toalla y cuando Madison hubo abierto su maletín, sacó unos cuantos frascos, mojando un poco de algodón en uno de ellos y frotando después suavemente la piel y los labios de su amigo.

Media hora después, intensamente pálido, Albert miró a Justin. Y con una voz impregnada de angustia:

—No lo entiendo, amigo —dijo—, pero no consigo quitarte estas manchas.

—¿Eh?

—Lo siento, Justin. Y te confieso que es la primera vez que me ocurre una cosa así.

Justin interrogó, preocupado:

—Pero... ¿qué voy a hacer?

—No lo sé. Creo que lo más prudente sería llamar a un médico, a un dermatólogo, para que examinase cómo esta diabólica pintura ha quedado tan hondamente incrustada en la piel...

Bates se levantó, tirando la toalla, a la vez que exclamaba sumamente encolerizado:

—¡Esto es desesperante! Yo tengo que salir hoy y aunque no pueda ir al Consejo, he de quitarme estas manchas antes de la tarde. ¡Tengo una cita con esa chica y no puedo faltar a ella!

—¿Y por qué no le preguntas qué clase de rojo usa? Quizá, si conociésemos la marca y la fórmula...

—No puedo hacerlo. ¡Compréndelo, Albert! Sería confesarle una situación ridícula que me haría perder puntos en su consideración.

—Pues yo, lamentándolo mucho, no puedo hacer más por ti. Ya me llamarás si me necesitas. Adiós, amigo.

—¡Un momento!

—¿Qué quieres?

—Espero que no dirás a nadie lo que me ocurre, ¿verdad?

—¿Te has vuelto loco? Nadie sabrá ni una sola palabra.

—Gracias.

—Adiós, y que lo soluciones pronto.

Al quedarse solo, Justin volvió a mirarse en el espejo. Las huellas parecían más rojas que nunca, y lo más ridículo es que parecía como si se hubiera pintado los labios.

—¡Maldita sea! —rugió, desesperado.

Parkins acababa de asomar la cabeza por la puerta del cuarto de baño.

—Señor...

—¿Qué hay?

—Le llaman por teléfono.

—¿Quién es?

—No ha dicho el nombre, pero se trata de una señorita.

Justin reflexionó unos instantes, llegando después a la conclusión de que no podía ser más que Alice.

—¡Di que no estoy!

—Bien.

Pero Parkins regresó momentos después:

—Dice que sabe que está usted en casa. Ahora me ha dicho su nombre: se llama Trixy...

Bates se estremeció de pies a cabeza.

—¡Voy enseguida!

Y se precipitó al teléfono, tomando el aparato con mano trémula.

—¿Diga?

—¿Justin?

—El mismo. ¿Es Trixy?

—Sí.

—Buenos días, preciosa.

—Hola, amigo. Deseaba hablar unos instantes con usted.

—Estoy a su disposición. Precisamente me alegró muchísimo que haya llamado: también quería yo hablar con usted.

—Lo sé.

Justin se extrañó un poco.

—¿De veras?

—Se refiere al rojo de mis labios, ¿verdad?

—Sí. ¡No puede usted imaginarse lo que estoy pasando!

—Me lo imagino fácilmente, aunque eso no es más que el principio.

—¿Qué quiere usted decir?

—Algo muy sencillo, estúpido donjuán: ese rojo de labios no desaparecerá jamás, a menos que yo le envíe una sustancia especial para que lo haga...

—Pero...

—Déjeme hablar, petimetre presumido y necio. Esta tarde esas manchas comenzarán a ulcerarse, produciéndole un dolor espantoso y le irán comiendo la carne, como si hubiera contraído la lepra...

—Pero...

—Estoy hablando yo. Si usted quiere que todo eso desaparezca, no tiene más que decirlo.

Justin exclamó:

—¡Claro que quiero!

—Pues bien. Enviaré a su mayordomo con trescientos mil créditos al City Park, cuidando de que nadie le siga y, desde luego, sin prevenir a la policía. Alguien recogerá ese dinero y le entregará un líquido con el que le desaparecerán en pocos instantes las manchas rojas y que evitará la ulceración.

—¡Eso es un chantaje!

—No lo crea... ¿Conoce a Alice Bertrant?

Bates se estremeció.

Y la mujer, al ver que callaba, insistió:

—La conoce, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver con lo nuestro, Trixy?

—No hay nada “nuestro”, pedazo de imbécil. Usted no volverá a verme en su vida. Pero apresúrese a sacar de su banco los trescientos mil y recuerde que no se puede jugar así como así con las mujeres; puede resultar peligroso.

Bates estaba furioso.

—¡Váyase al infierno! ¡No quiero saber nada de una bruja como usted!

—Piénselo bien, estúpido... y envíe a su criado antes de las diez de la noche. Si no lo hace hoy, lo pasará mucho peor de lo que jamás pudo imaginar...

Y colgó.



CAPÍTULO III

OVIDO por un temor instintivo, pero decidido aún a defender su dinero, Bates ordenó a uno de sus bancos que le enviasen trescientos mil créditos, que recibió aquella misma mañana, reservándolos en la caja fuerte de su despacho.

Nunca había estado más deprimido y menos seguro de sí mismo. Constantemente y sin poder evitarlo, iba al cuarto de baño para mirarse largamente en el espejo, deseoso de que aquellas manchas desapareciesen o, por lo menos, perdiesen intensidad.

Se examinaba la piel, intentando negar la realidad de las palabras que había oído por teléfono y diciéndose que era imposible que ocurriese lo que la pelirroja le había anunciado.

Pero también le preocupaban otros problemas.

¿Cómo había sabido Trixy lo de Alice? ¿Se conocían ambas mujeres?

Lo dudaba.

Además, durante el año que mantuvo relaciones con Alice aprendió por lo menos a conocerla, y estaba seguro de que no era mujer capaz de vengarse de un modo tan cruel. Lo que ocurría, se dijo más tarde, es que Trixy era una vulgar estafadora y deseaba hacerle objeto de un chantaje, sin que Alice le importase un comino.

Estaba furioso.

Todavía no se había atrevido a llamar al médico porque no creía que las anunciadas úlceras apareciesen. Todo aquello era para meterle el miedo en el cuerpo y obligarle a pagar.

Hacia mediodía, y sin dejar de reflexionar, una idea surgió en su mente.

—¡Qué estúpido he sido! —exclamó. Descolgó el teléfono y marcó un número, esperando con impaciencia a que le contestasen.

Cuando lo hicieron, preguntó ávidamente.

—¿Es usted, Marky? Aquí, Bates.

—Buenos días, señor Bates. ¿Puedo hacer algo por usted?

Marky era el gerente general de sus Supermercados y hombre de ley al mismo tiempo.

—Estoy en un apuro, Marky.

—¿De qué se trata?

—Un intento de chantaje. Yo sé que está usted en relación con la policía y deseaba pedirle consejo.

—¡Naturalmente! Pero tengo algo mejor que la policía, señor Bates. Conozco a los agentes locales de la SIP.

—Es mucho mejor, desde luego. ¿Podría decir a uno de ellos que se pasase cuanto antes por mi casa?

—Desde luego.

Y así fue como, media hora más tarde dos hombres altos, fuertes, vestidos con seriedad, eran introducidos por Parkins en el despacho particular de su amo.

Ninguno de los dos hizo gesto alguno al ver la pintarrajeada cara del joven magnate. Y éste, para no perder tiempo, después de servirles una copa, les explicó lo ocurrido con todo lujo de detalles.

Leslie Neville, uno de los agentes, sonrió.

—Permita que me ría, señor, pero es la primera vez que vemos un chantaje montado de una forma tan curiosa, ¿no es verdad, Ed?

Ed Cuff, el otro agente, asintió con un gesto de cabeza. Luego dijo:

—No creo que haya de preocuparse demasiado por el momento. ¿Recuerda

la casa hasta la que acompañó a esa mujer?

—Sí. Es en Riverside Park Avenue, me parece que el 1789. Me quedó grabado el número en la cabeza.

—Bien. Vamos a echar una ojeada a esa casa, aunque ya suponemos que esa Trixy le engañó.

—¿Cree que no vive allí?

—Es lo más seguro; pero, si nos permite, vamos primero a llamar desde aquí.

—Pueden hacerlo.

Fue Ed quien se apoderó del aparato, pidiendo al servicio de información el número y el nombre del abonado que correspondían a la dirección que Bates le había dado.

Momentos más tarde, la telefonista contestaba.

—Es el RIV-235498, señor...

—¿Y el nombre?

—Profesora Christina Ellis.

—Muchas gracias.

Ed colgó. Miró a Justin y expuso:

—Ya ve usted que le engañaron; pero, de todos modos, voy a llamar a la profesora.

Lo hizo, obteniendo comunicación momentos después y consiguiendo que la criada le pusiera con la dueña de la casa.

—¿Profesora Ellis? —inquirió.

—Sí. Soy yo. ¿Qué desea?

—Soy de la Spacial International Police, profesora. Permita que la moleste un instante, pero desearía saber si conoce usted a una mujer joven, al parecer muy hermosa, con cabellos rojizos y que se llama Beatrix, aunque prefiere que le digan Trixy.

—Lo siento, inspector, pero no recuerdo a nadie de esas señas. Yo vivo sola y a mi edad, puedo confesar que tengo cincuenta años sin ningún rubor, no tengo amigas tan jóvenes ni bonitas.

—Muchísimas gracias.

—De nada.

—Ya ve usted —dijo Ed, una vez hubo colgado el aparato— que esa pájara le engañó por completo. Le hizo dejarla allí y, con toda seguridad, cogió después un taxi para ir a su verdadero domicilio.

—Tiene usted razón. Pero ¿qué puedo hacer si lo que ha dicho esa mujer es verdad?

El agente reflexionó unos instantes.

—¿Quién ha de llevar el dinero?

—Mi criado. Ya les he dicho dónde... pero también quiero que no olviden que me previno de no avisar a la policía ni de hacer seguiri a Parkins.

—Ya lo sabemos, señor Bates. Usted es quien tiene que decidir lo que hay que hacer.

—No entiendo.

—Está muy claro: o seguimos a Parkins y capturamos al que reciba el dinero, o dejamos que su criado le traiga el frasco para quitarse eso y empezamos mañana la investigación a partir de cero.

Bates se mordisqueó nerviosamente los labios.

—No sé lo que hacer, aunque, naturalmente, no estoy decidido a permitir que esa bruja se burle de mí y me extorsione.

—Lo comprendemos.

Hubo una nueva pausa, hasta que Justin, decidido, dijo:

—Obren como quieran; pero, sobre todo, traigan el frasco para que me desaparezca esta porquería. ¿Entendido?

—Perfectamente. Esperaremos al atardecer y seguiremos a Parkins, sin que nadie se dé cuenta. ¿Va a ir con uno de sus coches?

—Sí, Parkins es un chófer consumado. Le daré un biplaza verde que tengo reservado para los veranos. Su matrícula es NY-695694.

—Fácil de retener —dijo Ed, poniéndose en pie después—. Aquí tiene el número del teléfono de nuestra oficina. Si ocurre algo extraño, llámenos enseguida.

—Muchísimas gracias.

Una vez los agentes de la SIP hubieron salido, Justin se encontraba menos nervioso y plenamente convencido de que aquellos hombres iban a conseguir lo que deseaba.

—Cuando le hayan echado el guante encima —dijo, en voz alta, experimentando una sensación de venganza insatisfecha—, pondré en el caso a mis mejores abogados para ayudar al fiscal a encerrarla durante toda su vida. ¡Veremos la cara que pones entonces, preciosa!

Comió con apetito y buen humor, permitiéndose gastar unas bromas al paciente Parkins.

Pero lo malo empezó dos horas más tarde.

Un escozor vivísimo le recorrió la cara, como si se la estuviesen quemando con un ácido. Dando gritos, movilizó a toda la servidumbre, para que llamara a su médico, que tuvo que ponerle una inyección calmante para que cesase de

gritar.

Luego llamó a los de la SIP.

—¡Empieza a ulcerarse! —gritó al teléfono—. ¡Tienen que hacer algo!

—Hay que esperar un poco, señor Bates —le contestó Leslie, que era el que se había puesto al aparato—. Nosotros ya hemos preparado la trampa, pero no podemos hacer nada hasta que llegue la hora de salida de Parking.

Durante el resto de la tarde, Bates lo pasó malísimamente, y el doctor tuvo que inyectarle dos veces más para mitigarle el dolor y el escozor que le hacía arder el rostro.

No pudiendo más con su estado de nervios, terminó por acostarse cuando Parkins, con una cartera que contenía trescientos mil créditos, salió de la casa para cumplir las instrucciones de la misteriosa pelirroja.

En vez de seguir el coche que conducía el mayordomo, los dos agentes de la SIP lo habían precedido en una camioneta sobre la que se leía el anuncio de una tintorería y que habían detenido en el interior del parque, en el que Parkins debía hacer entrega del dinero a cambio del frasco con el remedio.

Temían que alguien, un amigo de la pelirroja, siguiese al ayuda de cámara para comprobar si la policía había tomado cartas en el asunto. Así, no tuvieron más que poner en marcha su propio vehículo con la seguridad de que los que observaran el coche del mayordomo Parkins no podrían desconfiar de nada.

El auto que conducía Parkins siguió, a velocidad moderada, el paseo principal del parque. Parkins, serio y concienzudo como siempre, iba muy tieso al volante, mirando a ambos lados y esperando la más pequeña señal para detenerse.

Ésta llegó en forma de un pordiosero, que le hizo el gesto clásico del auto-stop. Parkins frenó, dejando que el otro subiese al coche y se sentase a su lado.

—Puedes seguir —dijo el hombre.

El mayordomo obedeció.

Seguían a la misma velocidad y durante los dos primeros minutos ni uno ni otro despegaron los labios. El pordiosero echaba miradas frecuentes hacia atrás, pero no parecía que la camioneta de la tintorería le preocupase mucho ni poco.

Al fin preguntó:

—¿Has traído el dinero?

—Sí. ¿Y el frasco?

—Lo tengo aquí. Voy a dártelo y tú me darás a cambio la cartera. Cuando lleguemos a aquella curva, frenarás un poco cuando hayas empezado a tomarla y yo saltaré a tierra. Tú acelerarás entonces, ¿enterado?

—Sí.

El otro sacó el frasco, envuelto en un papel corriente, dejándolo sobre el asiento. Luego tendió la cartera al pordiosero.

—¡Afloja ahora!

Obedeció, y el hombre, abriendo la portezuela, saltó ágilmente y corrió por entre los árboles mientras Parkins aceleraba bruscamente.

Pero aquella maniobra no engañó a los de la SIP.

Frenando en seco, los dos hombres saltaron al suelo y corrieron como gamos en pos del fugitivo. Éste huía a toda velocidad, pero la distancia entre perseguido y perseguidores fue disminuyendo rápidamente hasta que Leslie, que se había movido un poco, desviando su carrera hacia la izquierda, se adelantó en un sprint fantástico y cerró el paso al pordiosero, que cayó en sus manos, recibiendo algunos golpes al intentar desasirse.

Ed llegó junto a ellos.

—¡Ya te tenemos, amiguito!

—¡Yo no sé nada! ¡Yo no sé nada!

—Eso es lo que veremos después. Ahora vamos al coche. Ed, coge la cartera.

—Bien.

Una vez en la camioneta, Leslie se puso al volante, apretando el acelerador a fondo y dirigiéndose hacia el centro de la ciudad. Pero cuando se detuvo ante la casa de Bates, ya estaba allí el coche que había llevado Parkins.

Entraron en la casa, llevando fuertemente cogido al pordiosero.

Una vez en el salón, se encontraron al mayordomo junto al médico que estaba frotando a Bates con el contenido del frasco que le había entregado el hombre.

—Parece que se calma un poco —dijo Justin.

Y después de una pausa preguntó:

—¿Quién es ese hombre?

—El cómplice de la pelirroja.

—¡No es cierto! Yo soy un pobre hombre al que se le prometió doscientos créditos por hacer este trabajo.

—¿Quién te contrató?

—Una mujer joven, muy hermosa, que me dio un frasco y las instrucciones de lo que tenía que hacer.

—¿Era pelirroja?

—Creo que sí, aunque no tuve mucho tiempo para verla. Estaba en un coche y me llamó desde dentro.

—¿Qué tenías que hacer después?

—¿Cuando me dieran la cartera?

—Sí.

—Tenía que atravesar el parque y coger un taxi que haría detener en Linden Corner. Allí iría ella a recogerla.

—¿Qué te dijo que había en la cartera?

—Documentos importantes. Me dijo que estaban haciéndole objeto de un chantaje y que la haría un favor muy grande ayudándola.

—¡Bruja! —gritó Bates, rojo de cólera.

—Pues te engañó bien, amigo mío —dijo Ed—. Porque ahora mismo vas a ver lo que había en la cartera. ¡Ella era la chantajista!

La cartera era de gruesa piel y el agente de la SIP abrió la cerradura, levantando después la tapa.

—¿Eh?

—¿Qué ocurre? —inquirió Leslie, mirando a su amigo.

Pero éste se limitó a mostrarle la cartera.

¡Estaba vacía!

Es decir, al abrirla del todo, encontraron una cartulina escrita, que Leslie sacó, leyéndola en voz alta.

“Has cometido un error mezclando a la SIP en todo esto, Bates. El frasco no contiene más que agua. Y lo sentimos por ti, porque morirás esta misma noche”.

Y así ocurrió.

Ningún médico de los que fueron llamados logró detener el avance espantoso de aquellas úlceras que terminaron por devorar el rostro de Justin, causándole la muerte después de una agonía llena de indecibles sufrimientos.

CAPÍTULO IV



ARIS era para Edward Delay el lugar ideal. Por eso, después de haber vivido largo tiempo en Londres, juzgó mucho más interesante y prudente trasladarse a la Ville Lumiere, donde su “negocio” tomó un desarrollo como nunca lo soñara.

Delay era, sin duda, un hombre inteligente. O, hablando con mayor propiedad, el más inteligente de los granujas.

Más de mil muchachas sufrían bajo la férula de aquel sórdido individuo, trabajando en los locales de diversión de la ciudad y de otras muchas ciudades de Francia. Artistas todas ellas, algunas de verdadero renombre, no podían escapar a la tela de araña que Delay había tejido en torno de ellas.

Una tela sutil, imprecisa, invisible, pero cuyas mallas eran mucho más fuertes que el acero: las drogas.

Cuando antes se ha dicho que Edward Delay era un pillo inteligente no se ha exagerado en lo más mínimo. Delay conocía las debilidades del corazón humano y había obrado utilizando esos delicados pero profundos resortes que hacen que mucha gente se deslice, sin saberlo, por la peligrosa y escurridiza pendiente del vicio.

Habiendo hecho caer a todas sus “clientes” en el vicio de la droga, era él el único que podía proporcionársela, haciéndosela pagar a un precio que le procuraba tan magníficos beneficios como el mayor de los negocios.

Pero ésa no era más que la rama principal de los asuntos del pillo inteligente.

Las artistas conocían a hombres importantes y estaban obligadas a comunicárselo a los agentes de Delay, que se apresuraban a decírselo al jefe, el cual, después de estudiar convenientemente cada caso, montaba un “pequeño” chantaje que venía a poner ceros a las ya redondas cifras que conseguía con las muchachas.

Delay, siempre ambicioso, había conseguido ir comprando una serie de locales en París, aumentando así su fortuna, que ya era de primerísima

importancia. Podía sentirse satisfecho y orgulloso.

Hasta entonces, debido al silencio de las muchachas que oprimía, podía estar seguro de que ninguna de ellas diría nunca nada, ya que al hacerlo se exponía a no tener el “alimento artificial” de la droga, lo que constituía para las habituadas un martirio mucho peor que la propia muerte.

Aquella mañana, como casi todas ellas, Delay se había hecho servir un opíparo desayuno en la cama y después de terminarlo se levantó, vistiéndose despacio y poniéndose uno de los cien trajes que ocupaban el armario corredizo de su descomunal habitación.

Terminaba de atarse el lazo de la corbata cuando sonó el teléfono. Fue hacia el aparato.

—¿Diga? —inquirió.

—Hay una señorita abajo, señor Delay.

—¿Qué quiere?

—No lo sé. Desea hablar con usted.

—¿La conoces?

—No la he visto nunca... pero es muy bonita.

—Ahora bajo.

Terminó de vestirse, mientras silbaba una canción de moda. No cabía la menor duda de que un hombre como él atraía a las mujeres que, inocentes y estúpidas, se dejaban seducir para después quedar presas para siempre en la malévola organización que él regentaba.

Tenía el piso sobre uno de sus más elegantes locales: el “Desirée”. Montado con un lujo asiático, era el centro de reunión de los hombres y las mujeres más elegantes de la ciudad.

Descendió por la alfombrada escalera hasta llegar al piso bajo, donde Lukas, su ayudante y hombre de confianza, le salió al encuentro.

—Está en el despacho, señor.

—¿Y has dicho que es bonita?

—Mucho más que eso. ¡Nunca vi una rubia igual!

—Ahora veremos.

Se ajustó la chaqueta, penetrando después en el lujoso despacho que tenía en uno de los ángulos del local.

Allí estaba la muchacha, que se puso en pie cuando él entró.

Desde luego, Lukas no se había equivocado. Y Delay, que estaba más que acostumbrado a ver mujeres bonitas, tuvo que rendirse a la evidencia y confesarse que aquélla formaba algo aparte.

—Buenos días, señorita...

—Me llamo Isabella. ¿Es usted el señor Delay?

—El mismo, Isa. Porque la llamarán así, ¿no es verdad?

—Así es.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere beber algo?

—No, gracias. No lo hago nunca por la mañana.

—Como quiera.

Se sentó al otro lado de la mesa del despacho y, tomando una caja con incrustaciones de marfil, ofreció:

—¿Un cigarrillo?

—Gracias.

La muchacha lo aceptó, encendiéndolo con el encendedor de oro macizo que Delay se apresuró a prender.

—Usted dirá lo que desea, Isa.

—He llegado a París hace un rato. Y deseo trabajo.

—¿Qué sabe hacer?

—Cantar.

—¿Dónde lo ha hecho antes?

—En ninguna parte.

Edward sonrió.

—No son lo que se dice unas referencias extraordinarias.

—Puede probarme.

—Ahora.

—Cuando quiera. ¿No sabe acompañar al piano?

—No, pero tengo algunas cintas magnetofónicas impresionadas con fondo de piano.

—Serviré.

—¿Vamos?

—Cuando quiera.

Pasaron al salón. Delay llamó a Lukas, ordenando que le trajese las cintas cuyos títulos leyó a la muchacha.

—¿Cuál prefiere?

—“No estaré contigo”, por ejemplo.

—Bien.

Edward colocó la cinta y poco después, en el local completamente vacío, sonaban las primeras notas del piano. Casi al mismo tiempo, la voz de Isa

surgió como una cascada sonora, que llenó el espacio de vibrantes notas, dejando a los dos hombres con la boca abierta.

Casi no respiraron mientras ella interpretaba la canción. Y cuando terminó, los dos, al unísono, la aplaudieron rabiosamente.

—¿Le ha gustado, señor Delay?

—¡Estupendo! Ahora comprendo, preciosa, su seguridad al presentarse. ¿Le gustaría empezar esta misma noche?

—¿Por qué no?

—Le daré mil créditos por interpretación.

—Me parece bien.

Lukas miró de reojo a su patrón. Nunca había visto que pagase tanto a ninguna artista.

Pero cuando Isabella se hubo marchado, después de dejar la dirección del hotel en que se había alojado y prometiendo presentarse aquella misma tarde para ensayar unos números con la orquesta, Lukas no pudo más.

—¿Puedo decir algo, patrón? —explotó al fin.

—Si no es una tontería...

—Creo que no ¿Por qué paga usted tanto a esa muchacha?

—¿Es que no canta bien?

—Sí, pero...

—¿Es que no es la más bonita de todas las que has visto?

—Sí, pero...

—¡Pues has dicho una solemne tontería! ¿Me crees tonto?

—Yo no...

—Pues lo parece. Cuando se desea algo hay que empezar pagándolo bien.

—¡Ah!

Y Edward, contento como un colegial, abandonó el bar, dirigiéndose hacia el garaje. Deseaba dar una vuelta por los Campos Elíseos para visitar a algunos de los gerentes de sus locales y preguntarles cómo iban las cosas.

Mientras conducía, prudentemente, pensó en Isa.

«Dentro de un año —se dijo—, estará en un local de provincia, tomando drogas como las otras.

Pero ya me habrá pagado su sueldo y devuelto hasta el último centavo que le haya dado...».

Sonrió para su interior.

Donald Callowan fue a tomar un puro de la caja, pero se contuvo, torciendo el gesto.

—¡Maldita sea! Con las ganas que tenía de fumarne uno... —luego, mirando a los dos hombres que estaban sentados al otro lado de su mesa de despacho, preguntó—: ¿Así que se ha fracasado, amigos míos?

—Por completo —repuso Ed, que era uno de los dos—. Hemos buscado por toda la ciudad, pero esa pelirroja ha desaparecido como por encanto.

—Con el dinero...

—Desde luego, aunque no nos explicamos cómo pudo ocurrir.

—¿Y el vagabundo?

—Es inocente. Le hemos sometido a toda clase de pruebas y no hay nada que reprocharle: dijo la verdad.

—Entonces no queda más que el mayordomo.

—Así lo pensamos cuando estuvimos seguros de que el vagabundo no había cambiado la cartera. Pero cuando llegamos, Parkins había desaparecido. Como la muchacha... del mismo modo. Como si se los hubiera tragado la tierra.

—El caso es grave. Si no hubiese sido más que lo que parecía al principio, una broma hasta cierto punto divertida, la cosa hubiera carecido de importancia. Pero ha muerto un hombre y hay que lanzarse a la búsqueda de los culpables, ya que la prensa empieza a hablar demasiado de nosotros.

—¿Y qué podemos hacer, señor?

—No lo sé aún. Hemos de seguir buscando a esas dos personas, aunque creo que ya estarán lejos. Lo de la muchacha es más peliagudo, pues de ella no sabemos más que dos cosas: que es muy bonita y que es pelirroja. Pero no ocurre lo mismo con Parkins, del que poseemos una descripción total. Además, el carácter del chantaje-venganza que han hecho...

—¿Por qué lo llama usted así, señor? —inquirió Leslie.

—Porque no se trata de un chantaje puro, amigos míos, lo que nos demuestra una especial cualidad en sus autores: el afán de venganza. Es como si se hubiese formado una especie de organización para la defensa de las mujeres. Porque ya sabréis que esa Alice, la víctima de Bates, ha recibido cien mil créditos.

—Pero la banda ha guardado los otros doscientos mil.

—Sí, ya lo sé, pero no iréis a negarme que esa banda posee unas cualidades especiales. Es algo así como los antiguos bandidos generosos que robaban al rico para auxiliar al pobre. Es más que seguro que Bates, cuya fama de donjuán conocemos ya, haya abusado de la buena fe de Alice. Y ésta ha recibido una linda suma en concepto de reparación.

—Es cierto.

—Por eso hemos de pensar que la banda no es como otras muchas y que detrás de todo esto debe haber algo cuya explicación nos dará la clave del asunto. Quiero decir que el caso de Bates ha sido solamente el principio y no será el último. De ahí que debemos mantenernos alerta, esperando que algo semejante se produzca para precipitarnos al lugar donde se presente, e intentar detener a los culpables. Porque no podemos perdonar a alguien que ya ha cometido una muerte. Además, los herederos de Bates exigen la recuperación del dinero.

—Por eso han intentado quitarle los cien mil a Alice.

—Pero no han podido, porque la pelirroja no es tonta y se los ha enviado como si una tal señora Collier debiese a la muchacha esa cantidad, con lo que los abogados de Bates no han podido hacer nada.

—Así ha sido.

Callowan encendió otro cigarrillo. Después continuó dando sus instrucciones a los dos agentes.

—Vosotros os encargaréis del caso y, por tanto, habréis de esperar aquí, en la Central, a que nos comuniquen que ocurre algo que podamos atribuir a la pelirroja y a su cómplice, el ayuda de cámara de Bates.

—¿Si hubiésemos imaginado que estaba complicado en el caso!

—Era muy difícil sospechar de él, porque en realidad no jugó ningún papel hasta el último momento. Bueno, muchachos, creo que esto es todo. Ya os avisaré cuando se produzca algo nuevo.

Los dos agentes salieron, bastante enfurecidos, por cierto.

—Lo que me da más coraje —dijo Ed— es que ese granuja de Parkins nos haya engañado como a dos niños pequeños.

—¿Cómo íbamos a suponer que era culpable?

—Lo sospechamos demasiado tarde. Pero debimos darnos cuenta, si hubiésemos abierto la cartera cuando cogimos al vagabundo en el bosque.

—Tienes razón.

—Estamos perdiendo facultades, amigo.

—Eso creo yo...

Entraron en la cantina, sentándose a tomar café y fumar un cigarrillo.

—Lo que me gustaría —dijo Ed— es echar mano a esa pelirroja.

Leslie sonrió.

—¿Ya has picado en el anzuelo?

—¿Qué quieres decir, mendrugo?

—Que tienes que tener mucho cuidado con ella. ¡Fíjate lo que hizo con

Bates! Los besos de esa muchacha son mortales de necesidad.

—¡Eres un ganso! Cuando dije echarle mano quería decir detenerla.

—¿De veras?

El otro se encogió de hombros.

—¡Piensa lo que quieras!

—Y lo hago. La descripción del pobre Bates me dejó preocupado.

—¿Por qué?

—Porque me imagino lo que puede llegar a conseguir una mujer con una belleza irresistible. ¿Te lo imaginas tú?

Ed sonrió.

—Creo que sí —dijo, entornando los ojos—. Pero ya le echaremos la mano encima, como tú dices. Y veremos si se atreve a utilizar sus encantos con nosotros.

—No lo hará. Yo creo que...

El altavoz le interrumpió:

—Se ruega a los agentes Neville y Cuff que se presenten en el despacho del director con urgencia.

—¡Vamos!

Y una vez ante Callowan, el jefe de la SIP les ordenó:

—Tenéis que salir para París inmediatamente. Se ha producido allí un hecho que presenta las mismas características que la muerte de Justin Bates.

—¿Otra vez la pelirroja?

—No, esta vez se trata de una rubia.

CAPÍTULO V



A voz de la bellísima Isa subió en un impresionante contralto, haciendo vibrar el cristal de las lámparas de la sala que, para la complacencia de Edward,

estaba archillena hasta lo inconcebible.

Nunca había conocido una noche tan espléndida como aquella. Y todo, sin ninguna duda, se lo debía a la muchacha que en la función de tarde demostró de lo que era capaz, atrayendo para la noche al inmenso gentío que ocupaba las mesas y las que se habían habilitado sobre la pista.

Era la última nota de la canción. Apenas terminó, inclinándose con una encantadora sonrisa para saludar al público, cuando una ovación cerrada la envolvió, como el caluroso homenaje que hombres y mujeres le hacían, sin distinción, de una forma sincera y unánime.

Sonriente y dichoso, Delay consultó su reloj de pulsera, comprobando que ya eran cerca de las dos de la madrugada y que, por lo tanto, el espectáculo había terminado.

Fue entonces cuando Lukas, su ayudante, se acercó a él.

—¡Vaya mujer, patrón!

—¿Te ha gustado?

—¡Fenomenal! Nunca había visto tanto entusiasmo en el público... ¡Menudo éxito! Hoy hemos hecho más del doble de caja que la mejor de las noches que hemos tenido aquí.

—Y luego dirás que no tengo vista para los negocios.

—¡Es usted un lince, patrón! Ahora comprendo que la haya pagado mil créditos por canción...

Edward frunció el ceño.

—¿Cuántas ha cantado entre tarde y noche? —inquirió, bajando de las nubes.

—Doce, patrón.

—¡Doce mil créditos! ¡No está mal!

—Es una verdadera fortuna para una mujer, pero se lo merece, ¿no es verdad, patrón?

Edward se volvió, iracundo.

—¡No dices más que tonterías, Lukas!

El otro le miró extrañado. Pero ya estaba, acostumbrado a aquellos bruscos giros en el humor de su patrón y no dijo nada. Comprendía perfectamente que Edward estaba ahora arrepentido de haber ofrecido tanto dinero a la muchacha.

Sonrió.

¡Ya se lo había advertido él!

Mientras, Delay se había alejado de Lukas, dirigiéndose hacia la puerta que, no lejos de la orquesta, se abría sobre el pasillo que daba a los camerinos.

Había olvidado, mientras se dirigía hacia allá, la cuestión de los doce mil

créditos, que estaba dispuesto a pagar a la muchacha... si todo iba bien.

“¿Y por qué no iba a ir bien?” —se preguntó, empujando la puerta—. “Yo soy el patrón, y puedo hacer de ella una celebridad. Sería la primera vez que me fallase algo así...”.

Seguro de sí mismo, llegó ante la puerta que ostentaba el número 8 y llamó a ella.

—¿Quién es?

—Yo, Delay...

Penetró en el camerino, viendo que Isa asomaba sólo la cabeza sobre el biombo tras el que se estaba cambiando de ropa.

—Siéntese. ¿Contento?

—Muchísimo: es usted una verdadera artista.

—¿Y el público?

—Ha salido encantado.

Sacó la cartera, contando un pequeño fajo de billetes.

—Aquí tiene sus doce mil créditos, Isa —dijo, después—. No está mal para una noche, ¿verdad?

—No, no está mal.

La muchacha salió de detrás del biombo, luciendo un traje sastre, gris, que le sentaba a las mil maravillas.

Él la contempló, detallándola, sintiendo que la sangre le latía en las sienes. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa y a pesar de la seguridad que una larga experiencia le daba, se sentía un tanto inquieto, ya que la muchacha le parecía completamente distinta a todas las que había conocido.

Pero no dudó mucho tiempo y cuando la muchacha se hubo guardado el dinero y él la ayudó a ponerse el abrigo de piel, preguntó:

—Me permitirá que la acompañe hasta su casa, ¿verdad?

—Desde luego —rio ella.

Abandonaron el local, cuyas luces estaban ya apagadas, yendo a buscar el coche de Delay, que estaba aparcado en las cercanías.

Cuando Delay puso el coche en marcha: volvió a preguntar.

—¿Al hotel?

Ella denegó.

—No.

—¿Por qué?

—No estaba bien allí y he alquilado una casita en los alrededores. Ahora que gano tanto dinero, puedo permitirme esos lujos, ¿no es cierto?

—Desde luego, pero yo creí que estaría mejor en el hotel.

—Siempre soñé con poder vivir sola, en una casita que un día llegaría a ser mía. He alquilado un hotelito magnífico, aislado, rodeado de un jardín precioso.

—Está bien. ¿Dónde es?

Isa le dio la dirección.

Tuvieron que abandonar la ciudad por el norte y alejarse una quincena de kilómetros para llegar a una nueva zona residencial, casi completamente desierta, aún, ya que la mayoría de las casitas estaban en construcción.

—¡Vaya idea la de venirse a vivir aquí! —exclamó Delay.

—Cuando vea la casita —replicó ella—, cambiará de opinión.

—Creo que no. Yo soy un hombre de ciudad y el campo me pone malo.

Isa no dijo nada, limitándose, poco después, a indicarle el camino hasta que el coche se detuvo ante un portalón de hierro, tras el cual se veían numerosos y frondosos árboles.

—Es aquí. Espere que abra el portalón. El coche puede entrar hasta la casa.

La chica subió de nuevo al vehículo, y tras un corto camino, sobre una senda de gravilla, el coche se detuvo definitivamente ante una casa de una planta, de corte moderno y atrevido, con una visera sobre la fachada.

Edward no pudo por menos de decir que aquella muchacha tenía buen gusto, cosa de la que se percató por completo cuando penetró en el interior.

—Pero ¡si esto es un palacio!

—¿Le gusta?

No era esto, sino que le producía rabia comprobar que una de sus empleadas podía intentar permitirse unos lujos que él no concebía de la misma manera.

Era como si Isa quisiera demostrarle, sin aparentarlo, la diferencia que había entre un ser grosero como él, enriquecido de una manera sucia y con gustos vulgares de ostentación y una criatura como ella, todo refinamiento y buen gusto.

Estaba irritado.

Pero, en el fondo, habiendo conseguido estar en la casa de ella, poco podía importarle todo aquello, ya que después, cuando se impusiera a la voluntad de la muchacha, como lo había hecho con tantas otras, ésta se plegaría a sus caprichos y volvería a vivir a un hotel de París, donde y como él quisiera.

Sonrió, recobrando el buen humor.

Iba siguiendo a la muchacha, que le enseñaba el apartamento, mostrándole el encanto de la vivienda, que parecía la de un multimillonario.

—Es muy bonito —decía él, de vez en cuando.

Pero cuando después de atravesar la cocina, ella abrió una puerta, pulsando un botón, y un chorro de luz brotó de todas partes a la vez, él, muy a su pesar,

no pudo reprimir una exclamación de asombro.

—¿Eh? ¿Qué es esto?

—Ya lo ve, amigo mío: una piscina interior.

¡Era fantástico!

En medio de aquel derroche de luz, que iluminaba las paredes azules, una hermosa piscina, de color verde claro, dejaba ver sus aguas azules y traslúcidas sobre un fondo de mosaicos, con dibujos de bellísimas sirenas.

—Bonito, ¿verdad?

—Desde luego.

—Ésta fue una de las cosas que más me atrajo de esta casa. Quiero tomar un baño cada noche, cuando vuelva aquí, antes de acostarme... La temperatura es deliciosa. Además, esta piscina se descubre en verano, ya que las paredes se hunden mecánicamente en el suelo y el techo se esconde en la casa, puesto que es una especie de visera como la que hay en la fachada.

—Pero ¡todo esto ha debido de costarte una millonada!

La había tuteado, inconscientemente, pero ella pareció no darse cuenta.

—No mucho. Unos ocho mil al mes.

—¡Ocho mil!

Estaba más que asombrado, boquiabierto.

—Yo voy a bañarme —dijo ella—. ¿Por qué no me acompaña?

—No tengo nada que ponerme.

—Tengo un bañador de caballero. Pienso en todo, ya lo ve usted...

—¡Eres adorable! Y te prohíbo que sigamos tratándonos de usted.

—Como... quieras.

—Así me gusta más. ¿Dónde está ese traje de baño para mí?

—En la habitación de los huéspedes. También hay un albornoz.

—Voy a prepararme. ¿Sabes que el calorcito que reina aquí invita a un baño?

—Me alegra que te guste nadar. Es mi deporte preferido.

—No es que lo haga muy bien; pero... no cubre, ¿verdad?

—No. Apenas te llegará al cuello.

—Ya es bastante. La verdad es que apenas sé nadar, aunque me defiendo un poco.

—No temas. Nos daremos un baño ligero y luego tomaremos algo frío en el “living”.

—Lo que tú mandes, preciosa...

Ella se fue a su habitación y él pasó a la que Isa le había señalado como la de los huéspedes. Se desnudó, poniéndose el bañador que encontró en un

armario.

Y al mirarse al espejo se sintió disgustado. Ya no era joven y el empastamiento había desfigurado por completo su cuerpo en el que la obesidad puso abultamientos que hacían desdibujar la naturalidad de una silueta masculina norma!

“Tendré que cuidarme” —se dijo—. “No quiero hacer el ridículo, un poco de masaje y gimnasia y me pondré como nuevo...”.

Luego pensó en ella, mientras encendía un cigarrillo para darle tiempo a que se preparase.

Era una muchacha deliciosa, pero él estaba demasiado acostumbrado a dominar a las mujeres por el terror y el vicio para que se detuviese a considerarla solamente como algo agradable.

Además, todo lo que ella había hecho, desde que llegó al local, era demostrarle su patente superioridad. Y eso no podía perdonárselo en modo alguno.

“Haré que se arrodille ante mí, temblando como las otras —pensó—. Temblará cada vez que me vea y me pedirá con lágrimas en los ojos que le procure la dosis de droga que la evite volverse loca...”.

Estaba seguro de dominarla... como a las otras.

—¿No estás aún, Edward?

—Sí, ya voy.

Salió, mostrándose ante sus ojos la silueta más atractiva que jamás hubiera contemplado. Y de nuevo, sin poderlo evitar, olvidó cuanto había pensado, siguiendo mansamente hacia la piscina.

—¡Vamos! Tírate... —dijo la muchacha.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Como quieras...

Y se lanzó en una plancha perfecta.

Él vio la silueta de la muchacha que nadaba entre dos aguas, surgiendo allá abajo, al otro lado. Durante todo el trayecto se confundía con las sirenas que cubrían el mosaico del fondo.

Ella sacó la cabeza, haciéndole un ademán de saludo.

Le animó:

—¡Vamos! ¿O es que tienes miedo?

Él se tiró, procurando hacer algo que no fue, después de todo, más que el chapuzón burdo que podía lograr. Nadaba con dificultad y muy mal, pero consiguió, no sin esfuerzos, llegar junto a la muchacha, comprobando que, en efecto, el agua le llegaba al cuello.

—¿Qué tal está el agua? —le preguntó la muchacha.

—Deliciosa.

—¿Te gusta la casa ahora?

—Es una maravilla...

Ella se alejó nadando, pero pronto regresó a su lado.

—¡Qué estúpida soy! —dijo.

—¿Por qué? —inquirió él—. ¿Qué pasa ahora?

—He olvidado de iluminar el fondo de la piscina.

—¿Y eso qué importa?

—Es mucho más bonito. Voy a hacerlo. Vuelvo enseguida...

Nadó impecablemente, surgiendo por el otro lado. No había escalerilla, pero ella demostró ser una gimnasta consumada, haciendo pensar a Delay, con vergüenza, en que tendría que ayudarle para salir de allí.

Se entretuvo nadando un poco, diciendo que estaba pasando una noche verdaderamente divertida, pero que lo que vendría después sería mucho más atractivo.

La luz le permitió ver con toda claridad el fondo de la piscina, que cobró un hermoso tono multicolor, ya que la iluminación cambiaba, seguramente conectada a un curioso sistema de relojería.

—¡Esta chica sabe lo que es vivir! —exclamó, no sin una punta de envidia.

Y fue entonces cuando, bruscamente, pues se hallaba de pie, notó que no tocaba el fondo y que éste parecía hundirse de repente.

Se puso a nadar.

En un principio creyó que se había metido en una zona escurridiza, pero cuando intentó hacer pie, vio que no podía lograrlo en ningún sitio. No cabía duda de que el fondo se había hundido y que el borde de la piscina estaba ahora, por todas partes, fuera de su alcance.

Isa apareció, acercándose al lugar donde, ya empezando a ponerse nervioso, Delay seguía nadando.

—¡Eh! —gritó él—. ¿Qué demonios ha pasado?

La muchacha se arrodilló junto al borde, sonriendo.

—No encuentras el fondo, ¿eh, Edward?

—No.

—Es muy sencillo. Esta piscina es una verdadera maravilla mecánica. Basta apretar un botón para hacer que el fondo se hunda y que una cantidad considerable de agua penetre, aumentando la profundidad para poder hacer pruebas de salto desde el trampolín.

—Muy interesante, pero haz el favor de hacerlo subir de nuevo.

Ella lanzó una carcajada.

—Tienes miedo, ¿eh, cerdo? ¡Qué raro que el gran Delay tenga miedo! Él,

que está tan acostumbrado a que sean las mujeres las que tiemblen ante él y que le supliquen, con lágrimas en los ojos, un poco de la droga maldita a la que él las ha acostumbrado...

Delay se estremeció.

—¿Quién eres y qué es lo que quieres? —inquirió, asustado.

—¡Qué importa quién sea! Lo que quiero es que sepas lo que deseo... Es muy sencillo —le mostró un papel que tenía en la mano—. Aquí tienes una confesión completa, diciendo lo que has hecho y con las señas y detalles de todas las pobres muchachas que has condenado a ser esclavas de la droga y, al final de todo, esclavas tuyas... ¡Tienes que firmarlo!

—¿Estás loca? ¡Nunca lo haré!

Ella se puso en pie.

—Como quieras. Voy a vestirme y a cenar. Espero que podrás resistir nadando una media hora más... pero si no puedes y te ahogas... me reiré un poco.

Y se alejó.

Delay, sintiendo que las fuerzas le faltaban ya, gritó:

—¡Ven! ¡No me dejes aquí!

Ella se volvió, caminando de nuevo hacia el borde de la piscina, en cuya proximidad, pero casi dos metros más abajo, nadaba Delay, cada vez con menos fuerza.

—¿Qué quieres?

—¡Te daré todo el dinero que quieras! ¡Te compraré esta casa para ti sola! pero déjame salir de aquí.

—Saldrás si firmas.

Edward tragó agua, escupiendo y tosiendo como un loco.

—Está bien —dijo después—, firmaré.

—Voy a bajar el nivel del agua.

Se alejó rápidamente y poco después el nivel del agua bajaba hasta el pecho de Edward, que se sentía tremendamente débil.

Ella reapareció al momento.

Llevaba ahora una pértiga, en cuyo extremo colocó el papel y una pluma.

—Ten cuidado y no mojes la firma. Lo demás está escrito en papel impermeable.

Él se mordió los labios.

—Has pensado en todo, ¿verdad?

Ella asintió:

—Ya lo ves.

—¿Y no temes a lo que haga cuando esté fuera de aquí?

—¿Es que te atreves a insultarme aún, canalla?

—Perdona, Isa...

La pértiga llegó a su lado.

—Firma de una manera clara y visible, si no, te pesará.

Delay obedeció sin rechistar.

En aquel momento, la rabia había desaparecido curiosamente de su pecho, donde no cabía más que la angustia, el miedo, el cansancio y el frío que, a pesar de la temperatura del agua, le hacía estremecerse y castañetear de dientes.

Firmó y ella tiró de la pértiga, examinando después el papel.

—Muy bien.

—¿Vas a sacarme de aquí?

—Desde luego. Pero me iré lejos mientras tú sales. No quiero esperarte.

Él no dijo nada, pero se juró, en su fuero interno, destrozar con sus propias manos a aquella diabólica criatura.

Una vez fuera de la piscina, la mujer penetró en una minúscula cámara de mandos electrónicos.

Una sonrisa de triunfo entreabría sus hermosos labios.

Luego, con la mano derecha, cogió la palanca y la bajó de golpe hasta que la aguja marcó la profundidad máxima de diez metros, manteniendo el borde de la piscina a tres del nivel del agua.

Diez minutos más tarde, en el coche de Edward, se alejaba hacia la ciudad.

.

CAPÍTULO VI



L inspector Lorrain era un hombre alto, distinguido y con más apariencia de Hombre de negocios o alto político que de policía. Precedió a los dos agentes de la SIP, hasta que al llegar al depósito de cadáveres se hizo a un lado, dejando que el empleado allí presente, un joven de rostro pálido y que parecía haber sido influido por el color cadavérico de sus “clientes”, se hiciera el personaje más importante de la escena.

—Está aquí, en el tercer armario —dijo el joven paliducho.

Y tiró del pomo de un cajón, que se deslizó suavemente, dejando al descubierto el cuerpo de Delay, sumamente hinchado y con una expresión abotargada en el rostro.

—Es éste —dijo el inspector.

—¿Delay?

—Sí. Edward Delay, cincuenta y dos años de edad, soltero, propietario de varios centros de diversión en la ciudad y en algunas provincias. Nada de antecedentes, aunque se han recibido muchísimas misivas acusándole de dirigir una red especial de drogas y el control de muchas artistas que trabajaban en todo el territorio francés.

—Conque sin antecedentes, ¿eh? —inquirió Ed, con una sonrisa. Sacó un sobre del bolsillo de su gabardina y lo abrió, entregando la hoja que contenía al inspector Lorrain—. Haga el favor de leer esto, señor.

—Con mucho gusto —dijo, obsequioso, el francés.

Estuvo unos minutos enfrascado en la lectura.

Luego, mirando a los dos jóvenes, exclamó:

—¡“Mon Dieu”! ¡Es formidable! Este hombre confiesa ser uno de los granujas más peligrosos que he conocido jamás... ¡Y con toda clase de detalles, pruebas y direcciones...!

—Así es —repuso Ed—, pero no es lo más importante. Voy a leerle ahora la nota que venía en el interior del sobre y que fue enviado a la Delegación

parisina de la SIP.

Había sacado otra hoja de papel que desdobló cuidadosamente, dando un paso hacia la derecha para que la luz que pendía del techo iluminase mejor la nota.

«Muy señores míos: Ya suponemos la sorpresa que les causará el recibir esta nota y el documento que la acompaña. Todo ello tiende a demostrar que, después de que la policía y la SIP han sido incapaces de desenmascarar ciertos casos, nos hemos visto obligadas a intervenir, ya que no pueden quedar sin justiciera venganza los sufrimientos de muchísimos seres humanos.

“Naturalmente, que todos esos seres humanos son mujeres, lo que viene a explicar lo poco que la Ley ha hecho aún por ellas. ¿Qué importa que las mujeres sufran de una manera horrible, sin que se cometa un crimen abierto contra ellas? Sufren y padecen en silencio sin ocupar las páginas sensacionalistas de los más grandes periódicos. Y, naturalmente, nadie se interesa por ellas. Y menos que nadie, la SIP.

“Claro que esto tenía que acabar.

“Porque nosotras, conscientes de nuestro deber, estamos dispuestas a castigar todas estas injusticias. Y ya hemos empezado. Veamos, por ejemplo, el caso de Justin Bates.

“Bates era un indecente donjuán que, apoyado por una situación privilegiada, se creía autorizado a mofarse de cuantas jovencitas, atraídas, es verdad, por sus millones, caían en sus manos. Su última víctima, a la que evitamos respirase el gas de su horno, es ya conocida por ustedes, ya que sus agentes Cuff y Neville la interrogaron.

“¿Merecía Bates el final que tuvo?

“Es posible que ustedes digan que nadie nada más que la SIP puede hacer justicia. ¡Qué equivocación! Si así fuese, nosotras seríamos las primeras en aplaudirles, pero sabemos perfectamente que la SIP tiene otras cosas “muchísimo más importantes” que hacer.

Y para evitarle molestias, hemos empezado a trabajar por nuestra cuenta.

“El otro caso del que nos hemos ocupado es el de Edward Delay. Su confesión, firmada y rubricada, hace obvia toda aclaración. En los dos casos: el de Bates y Delay, hemos obrado con conciencia y estamos plenamente satisfechas de haber borrado del mapa de los vivos a dos granujas de esa clase.

“¿Habrán otros?

“Es casi seguro que sí. Para desgracia de nuestra humanidad, a pesar de los avances de la ciencia y de la técnica, el número de pillos

no ha sufrido la reducción natural que cabía esperar. Hay otros muchos granujas, pero nosotras no nos interesamos más que por aquellos que hacen objeto de su maldad a las mujeres, que parecen no contar en este mundo de hoy.

“Seguiremos, amigos de la SIP, haciendo justicia. Y aprovechamos estas líneas para saludar amablemente a los agentes encargados de “nuestro caso”: Leslie Neville y Ed Cuff, a los que pedimos perdón, sinceramente, por los disgustos que les hemos procurado... y los que aún tenemos que darles.

“Afectuosamente tuyas

PÓQUER DE DAMAS”.

—¿Qué le parece? —inquirió Ed cuando terminó su lectura, mirando al inspector.

—¡Increíble! —repuso este—. ¡Nunca supuse que hubiera alguien con esa audacia! ¡Querer hacer la ley por sí mismas! ¡Sólo las mujeres son capaces de una cosa así!

—Desde luego; pero, hasta el momento, ese “Póquer de Damas” ha demostrado saber lo que se hacía. Claro que tienen la ventaja de saber dónde van a atacar, mientras nosotros tenemos que esperar pacientemente a que se produzcan.

—Pero terminarán por caer.

Ed sonrió.

—¿Usted cree, inspector?

—¿Usted no?

—Lo dudo mucho. No conocemos, después de todo, más que unos cuantos detalles de las dos mujeres que han intervenido en ambos casos: de la que mató a Bates, que era bellísima y pelirroja, y de la que liquidó a Delay, que era preciosa y rubia, según nos ha dicho un tal Lukas, el hombre de confianza de ese granuja.

—¿Ninguna seña personal?

—Ninguna. Una voz melodiosa, una belleza sin par, una atracción irresistible.

—¿Y el dueño de la casa donde mataron a Delay?

—Ya lo hemos visitado. Dice que se la alquiló una mujer guapísima por quince días, pagándole ocho mil créditos.

—¡Caramba!

—Sí. Ese hombre la había construido precisamente para eso: para que la utilizara la gente rica durante los fines de semana o en el verano.

—¿Y para qué una piscina tan complicada?

—Fue idea del arquitecto. Así la atracción de la casa era mayor y podía utilizarse, cuando lo desearan, tanto para bañarse niños o gente que no supiese nadar como verdaderos campeones.

—Muy curioso.

—Sí, pero lo verdaderamente curioso es que ese demonio de mujer encontró lo que necesitaba, ya que la casa le vino como un guante para llevar a cabo sus propósitos.

—¿Huellas?

—Ninguna. Los muebles y paredes son de “poliskón”, que ya sabe usted que no guarda huella alguna. Además, ella, antes de marcharse con el coche de su víctima, debió borrarlas todas.

—¿Y el vehículo?

—Lo abandonó cerca de la ciudad, donde debió tomar un taxi, pero no hemos encontrado ningún conductor que recordase haber llevado a una mujer de sus señas por aquellos lugares.

—¿El hotel donde se hospedó?

—No estuvo más que unas cuantas horas. Le recuerdan perfectamente, pero la descripción de los empleados es la general: “una muchacha encantadora, rubia y de una belleza sorprendente”.

—Comprendo.

Intervino Leslie:

—¡Ojalá pudiéramos nosotros decir lo mismo!

—¿Sobre qué?

—Sobre lo de comprender. Porque la verdad es que estamos como el primer día. Es decir, de no haber recibido esa carta explicativa, seguiríamos sin saber ni pío del asunto.

—¡No me gustaría encontrarme a merced de una mujer como esa! —exclamó el inspector de la policía francesa.

—¡Vamos, inspector! ¿Olvida su hermosura?

—No, no la olvido. Pero tampoco olvido, amigo mío, que fue capaz de marcharse de una casa tranquilamente, mientras un hombre se estaba ahogando, poco a poco, en una agonía que debió ser espantosa.

—Es cierto.

—E igual lo digo por la pelirroja, que dejó que ese Bates se quemase poco a poco. ¡Menuda pareja!

—Querrá decir “menudo cuarteto”, inspector. No olvide que se trata de un “Póquer de Damas”.

—¿Cómo serán las otras? —preguntó Leslie—. ¿Morenas, rubias,

castañas?

—No te preocupes, muchacho —repuso su amigo—. Por desdicha, no tardaremos en saberlo.

—¡Toca hierro!

Momentos más tarde se despedían del inspector Lorrain y regresaban al hotel donde se hospedaban.

—Has hablado con el “Viejo”, ¿verdad? —inquirió Leslie.

—Sí. Y le he enviado la copia del documento firmado por el muerto y la carta de esas mujeres, que primero le he leído por teléfono.

—¿Y qué ha dicho?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Eso quiere decir que estaba furioso.

—¡Ya puedes imaginártelo! Que cuatro muchachas se rían de la SIP, en sus propias barbas, no le ha sentado nada bien. Dijo que era posible que viniese a Europa.

—¿A París?

—Dijo, exactamente, “a Europa”. Y ya conoces al “Viejo”.

—¿Qué quieres decir?

—Que el “Viejo” no es tonto...

—¡Eso ya lo sé!

—No me interrumpas, Leslie. Lo que quiero decir es que Callowan “se está oliendo algo”. Es decir, que se imagina por dónde se van a mover esas “damas”. Ya comprenderás que lo más importante para nosotros es saber dónde van a actuar. Porque si tenemos que seguirlas, allí donde ya hayan cometido un crimen, estaremos así toda la vida, como el gato tras el ratón.

—Desde luego.

—Yo estoy seguro de que Callowan está reflexionando, con un mapa de Europa sobre la mesa de su despacho, calculando dónde puede encontrarse la próxima víctima de las “damas”. Porque todas ellas van respondiendo a un tipo determinado.

—¿Cuál?

—El de un hombre que abusa de las mujeres, sea por amor, por negocio o por lo que sea.

—Ya comprendo.

—Con esos datos, el Viejo irá estudiando el posible itinerario de las “damas”, hasta que consiga prever lo que van a hacer con el tiempo suficiente para que nosotros nos presentemos antes.

Leslie encendió un cigarrillo. Luego preguntó:

—¿Sabes una cosa, Ed?

—Tú dirás...

—Después de todo, esas muchachas no dejan de tener un poco de razón ¿No te parece?

—¿Y quién te ha dicho lo contrario?

—¿Así que estás de acuerdo conmigo?

—¡Desde luego! Esas chicas están en posesión de un poco de razón: la tienen toda. Pero han olvidado que las leyes están hechas para algo y que nosotros también tenemos un papel que jugar. Su deber era haber denunciado esos casos y que la SIP se hubiera encargado de ellos.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—¿Cómo quieres que la SIP se meta a buscar a todos los hombres que hacen promesas de matrimonio en falso y que empujan a desdichadas mujeres a querer aspirar todo el gas de sus cocinas?

—Si te refieres al caso de Bates, es precisamente el que más les culpa.

—¿Qué quieres decir?

—Que el otro, el haber eliminado a Delay, tiene ante mis ojos una mayor justificación que la muerte de Justin Bates. Debían haberse limitado a salvar a la muchacha, denunciando el caso. Aunque, pensándolo bien, Bates apenas hubiera sido molestado. Su responsabilidad no era tan grande como para ir a prisión.

Un botones apareció entonces en el salón.

—¡Señores Neville y Cuff! ¡Señores Neville y Cuff! —gritaba.

Ed se levantó y llamó al chico.

—¡Eh, muchacho! Aquí estamos.

Y cuando el botones estuvo junto a ellos, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Les llaman por teléfono desde Washington, señores. Pueden pasar ya a la cabina número once.

—Gracias.

Se dirigieron a la cabina y Ed cogió el auricular.

—¿Diga?

—Eres Cuff, ¿verdad?

—Sí, señor Callowan.

—Bien. Hay nuevas instrucciones. Saldréis los dos esta misma tarde, por el medio más rápido, para Italia. A unos cien kilómetros de Roma, al sur, hay una localidad industrial llamada Villa Piccola; la dirige un tal Mario Bettino.

Prevenidle de una posible visita de las “damas”. Una vez hecho el encargo, tú, Ed, te quedarás allí y Neville irá a Colonia, cerca de la cual hay una prisión de mujeres, dirigida por Albert Kugelman. Háblale con franqueza y explícale lo ocurrido. Es otro de los posibles “candidatos” de las “damas”.

—Bien, señor.

—Aquí seguimos investigando y creo que, por el momento, no será necesario que vaya a Europa. Dile a Leslie que no pierda mucho tiempo y que salga para Colonia en cuanto os hayáis entrevistado con el italiano.

—Así lo hará.

—Y abrid mucho los ojos. Yo creo que las “damas” se van a encargar de uno de esos dos casos. Ya os explicaré el porqué. Lo importante, ahora, es impedir que sigan obrando a su antojo. ¡Buena suerte, muchachos!

—Gracias, señor.

—Y no olvidéis que deseo poder fumar una caja de habanos cuanto antes.

—Pronto se los fumará.

CAPÍTULO VII



ARIO BETTINO lanzó una carcajada que hizo que su vientre saltase alegremente, como si no formase algo unido con su cuerpo.

Era macizo, con cerca de cien kilos y no muy alto. Poseía un rostro aplanado, con muy poca nariz, unos ojos ligeramente achinados y unos labios gruesos.

En resumen: una cara nada agradable.

Pero debía estar muy seguro de sí mismo, porque cuando Ed terminó su relato, lanzó aquella carcajada vulgar y estridente.

—¡Póquer de Damas! —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas que la risa le había producido—. ¡Qué cosas tiene uno que oír!

—Es mucho más serio de lo que usted piensa, señor —le dijo Ed, molesto e irritado por aquella risa desagradable.

—¡No me diga! —y bruscamente serio—: Escuche, amigo mío, toda mi vida, desde que mi padre me dejó este negocio de telares, he tratado exclusivamente con mujeres y nada más que con mujeres. Hay mil quinientas trabajando para mí, ahí detrás, en estos momentos. Y puedo decir que las conozco muy bien.

—Pero no a las “damas”.

—¡Bah! ¡Mujeres al fin! Todas son iguales y lo que necesitan es alguien que sepa dominarlas, que las demuestre desde el primer momento quién es el amo.

Y después de una pausa prosiguió:

—Quiero decirles algo: el triunfo de mi negocio, la venta incesante de la artesanía que aquí hacemos se ha logrado al suplantar la máquina por la mano. Hay miles de empresas que actualmente entregan a las máquinas y a los robots el arte difícil del tejido. Pero la gente se vuelve loca cuando ven una tela confeccionada por manos humanas. Una tela que lleve la marca “Bettino” les hace pagar cualquier cosa. Ya pueden imaginarse lo difícil que fue vencer la resistencia de las mujeres modernas para hacerlas trabajar de nuevo. Habían perdido la costumbre y tuvimos que apretar ciertos tornillos.

—¿Legalmente?

—Por completo. Pero el hecho es que trabajan aquí y que no hay protestas, ni plantes, ni huelgas. ¡Bettino ha terminado con todo eso!

Respiraba orgullo por todos los poros.

—De todos modos —siguió diciendo Ed— debe tener mucho cuidado, y si una mujer bonita, rubia o pelirroja, americana según creemos, se presenta aquí para pedir trabajo o para enamorarle, abra bien los ojos.

—No tenga miedo.

—Yo me albergo en el “Sole” y estoy a su disposición. No dude en llamarme cuando me necesite.

El gordo dio un respingo.

—Oiga, amigo —dijo, enrojeciendo—: Mario Bettino no ha necesitado nunca que nadie le proteja. Sabe defenderse solo.

—Está bien —y Ed se puso en pie, siendo imitado por su amigo, que no había despegado los labios durante la entrevista—. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber al prevenirle. ¡Adiós, señor Bettino!

—¡Hasta la vista!

Salieron. Una vez en la calle, Leslie pudo más.

—¿Te has dado cuenta de ese tipo, Ed?

—Sí. He tenido que morderme los labios para no decirle cuatro verdades y romperle los morros.

—No sé si voy a decir una barbaridad, pero, lo creas o no, empiezo a sentir cierta simpatía por las “damas”.

—Haces mal. No debes olvidar cuáles son las órdenes que el “Viejo” nos ha dado.

—No las olvido.

—Eso es mejor. Y ahora, amigo mío, voy a llevarte al aeródromo de Roma. Has de ir a Colonia.

—Sí. Oye, ¿no es curioso que un director de prisión esté en la lista de las “damas”?

—También lo he pensado yo.

—Seguro que será una especie de Mario.

—O una mezcla de Bates, Delay y Mario. ¡Cualquiera sabe!

—Desde luego, las “damas” no se equivocan. ¡Hay que ver cómo hablaba ese tipo de las mujeres! ¡Ni que estuviésemos en los tiempos de los esclavos!

—No has de hacerle mucho caso. No hay duda que el negocio es legal desde todos los puntos de vista. Lo que ocurre es que Mario, como todos los que han conseguido algo importante en la vida, está lleno de un orgullo que su falta de educación hace salir por cualquier motivo.

—Puede que sea así.

Habían llegado junto al coche, y minutos más tarde, conducido por Ed, el vehículo corría a toda velocidad por la amplia autopista que conducía a Roma.

* * *

El “De Soto”, modelo superaerodinámico, se detuvo ante el inmenso edificio de los Tejidos “Bettino”. Lo hizo con un frenazo seco, balanceándose, como un barco, durante unos instantes, hasta inmovilizarse por completo.

Una muchacha descendió de él.

Llevaba un abrigo de pieles de color gris y sus cabellos, también gris ceniza, se confundían con el rizado cuello.

Penetró en el “hall”, dirigiéndose hacia la ventanilla de recepción que había a la derecha.

El empleado la miró con admiración.

—¿Qué desea, señora? —inquirió.

—Ver al director.

—No sé si podrá recibirla. Está muy ocupado.

—Dígale que vengo a hacer un importante pedido y que deseo verle personalmente.

—Un momento, por favor.

Utilizó un teléfono interior, y momentos más tarde, sonriente, anunció:

—Va a recibirla, señora...

—Señorita, si hace el favor.

—¡Oh, perdone! ¿Tiene la amabilidad de seguirme, señorita?

—Bien.

La precedió, dejándola al empleado del ascensor. Éste la condujo al despacho de Mario, que, de pie, estrechó la mano enguantada que la joven le tendía, señalándole después un asiento.

—Me llamo Ann Maloney, señor. Y vengo de Londres para hacer una importante compra de tejidos.

Mario preguntó:

—¿Trabaja para alguna casa que yo conozca?

—No lo creo. Somos un grupo de amigas que queremos montar un negocio en Londres. Y deseamos vender exclusivamente sus tejidos, que tienen una gran aceptación en Inglaterra.

Mario sonrió.

Se había dado cuenta, desde el primer momento, de la belleza extraordinaria de la muchacha; pero, a pesar de todo, recordaba lo que los policías le habían dicho.

—¿No ha oído usted hablar, por casualidad, de “Póquer de Damas”?

La joven frunció el entrecejo.

—No, nunca. ¿Por qué?

—No me haga caso... una simple curiosidad. Pero vayamos a lo nuestro. ¿Qué desea comprar?

—Cien piezas. De distintos colores y dibujos.

—¿Cien piezas?

—Sí.

—Es mucho dinero...

—Nadie ha hablado de dinero.

—Pero yo sí, señorita Maloney. He de advertirle que no concedemos crédito alguno.

—No lo necesito.

—Está bien, está bien. Por encima, creo que lo que desea comprar ascenderá a medio millón de créditos.

—De acuerdo.

—¿Puede hacerlos efectivos?

Ella se limitó a abrir el bolso, sacando unos impresionantes fajos de billetes, ligados con gomas, que fue colocando sobre la mesa, ante la mirada ansiosa de Mario.

—Cinco paquetes —dijo ella—. Cada uno de cien mil créditos. Puede contarlos, si lo desea.

Él sonrió, mostrando unos dientes grandes y amarillentos.

—¡Oh, no es necesario, “signorina”! Voy a enseñarle los modelos. Pero ¿cómo se llevará las piezas?

—No es necesario que me las lleve ahora. Le dejaré mi dirección y usted me las enviará.

—Perfectamente.

Se levantó, acercándose a un armario del que sacó unos tomos que contenían un variado muestrario de su producción.

La muchacha no tardó en elegir.

Contento de la facilidad con que se hacía aquella operación, y sin separar su ávida mirada de los billetes, Mario acompañó después a la joven hasta la puerta, preguntándole entonces:

—¿No quiere que le haga un recibo por el dinero?

Ella sonrió de una manera encantadora.

—No hace falta, señor Bettino. Su industria tiene para mí todas las garantías posibles: confío plenamente en usted.

—¡*Grazie, signorina!* ¡*Molte grazie!*

Una vez se hubo encargado el ascensorista de la bella visitante, Mario volvió junto a su mesa, acariciando los billetes, que contó amorosamente, volviendo luego a atarlos en fajos.

Luego miró las muestras que la muchacha había escogido, volviendo a calcular la buena ganancia que había hecho.

—¡Si todos los compradores fueran así! —exclamó, riendo.

Cogió después el dinero y abrió la magnífica caja de caudales que ocupaba un ángulo del despacho.

Mario no había llevado, más que en casos de obligación indispensable, su dinero al banco. Desconfiaba de ellos y deseaba, además, tener todo su dinero

cerca de él para de vez en cuando contarle, en largas noches que le llenaban de orgullo por lo que había conseguido.

Los documentos que eran el soporte de su industria también estaban allí. Sonrió.

Toda su fortuna llenaba casi por completo la enorme caja de caudales. Y se dijo que muy pronto tendría que comprar otra más grande.

Cerró la pesada puerta, con la seguridad de que nadie, ni con explosivos, podría abrirla nunca. Era un modelo, especial que le había sido construido, por encargo, por una firma londinense y que le había costado un dineral. Pero los ingleses le demostraron que nada podría abrirla.

Y aquello era lo que le interesaba.

* * *

Después de dejar a Leslie en el avión que había de transportarla a Colonia, en poco menos de quince minutos, Ed volvió al coche, tomando de nuevo la autopista que le llevaría hasta la ciudad que había levantado Mario alrededor de su poderosa industria.

No podía dejar de pensar en el italiano.

Le era antipático y no era extraño que experimentase aquella desagradable sensación al recordarlo. Desde luego, dejando aparte las consideraciones de las que había hablado con Leslie, no podía dejar de decirse que las “damas” obraban de una manera justiciera, atacando siempre a individuos que tomaban a las mujeres por meros instrumentos.

¡Lástima que aquellas muchachas se hubieran lanzado por el camino del crimen!

Iba a tomar una curva cuando vio, al otro lado de la pista, un coche parado y una persona arrodillada en la parte trasera.

Frenó, haciendo que el coche girase hasta quedar parado junto al otro, un modelo precioso y ultramoderno, de marca americana.

El viajero, al sentir el frenazo del coche del agente, de la SIP, se incorporó y él pudo entonces contemplar el rostro más encantador que había visto jamás.

Ella sonrió.

—¡Hola! —saludó él—. ¿Una avería?

—Un pinchazo estúpido. No sé cómo ha podido ocurrir.

—Yo lo arreglaré.

Tomó la rueda de recambio, colocándola en un abrir y cerrar de ojos. Ella no dejaba de mirarle.

—Es raro encontrarse con caballeros —dijo la muchacha, cuando él hubo terminado.

—No he hecho más que cumplir con mi deber.

—Es usted muy amable, señor...

—Me llamo Ed Cuff, señorita...

—Soy Ann Maloney. Encantada.

Era hermosísima.

Los cabellos color ceniza le caían sobre los hombros. Y entre ellos, enmarcado, el rostro era de: una perfección difícilmente imaginable.

Nunca había visto algo así...

—No sé cómo pagarle lo que ha hecho, señor Cuff —rio ella—; pero, ¿le agradaría un vaso de buen “whisky” escocés?

—Estamos lejos de cualquier bar, señorita.

—No lo crea. Venga conmigo.

Abrió la puerta del lujoso coche y penetró en su interior.

—Pase —dijo.

Él obedeció.

Había dos cómodos sillones en la parte trasera.

Y cuando estuvo sentado en uno de ellos, vio que la muchacha empujaba una palanca, se abría la pared divisoria del coche, dejando al descubierto un pequeño bar verdaderamente maravilloso.

—¿Ve usted cómo no estábamos lejos del bar?

—¡Es fantástico! Había visto otros modelos, pero ninguno como éste.

Al abrirse el bar, su interior quedó iluminado por una fluorescencia azul y una música dulce empezó a dejarse oír.

Ella preparó las bebidas, dándole uno de los vasos. Al hacerlo, rozó su mano con la del joven, que se estremeció de pies a cabeza.

Brindaron.

—¡Le deseo mucha suerte, señor Cuff!

—Muchas gracias. Yo le deseo un buen viaje. ¿Va muy lejos?

—No lo sé. Estoy dando una vuelta por Europa. Ahora pasaré un poco de tiempo en Roma... luego decidiré hacia dónde voy. ¿Y usted?

—¡Oh! Mi trabajo me hace viajar, pero de muy diferente modo al suyo.

—¿Representa alguna casa?

Ed sonrió.

—Sí. Soy representante de algo especial... ¿Sabe que es usted muy bonita, señorita?

—Es posible...

—¿Casada?

—No.

Ed no repuso nada, pero se mordió los labios.

Luego dijo:

—Tengo que irme, señorita. No sabe cuánto daría por poderla acompañar, pero me es completamente imposible.

—No olvidaré fácilmente lo que ha hecho.

—No tiene importancia. Cualquiera lo hubiese hecho en mi lugar.

—¿Cualquiera? Han pasado una buena docena de automovilistas, pero ninguno se paró.

—Es que no le vieron el rostro.

Ella frunció el ceño.

—¿Quiere decir esto que no se hubiera detenido usted si yo no hubiese sido tan... tan agraciada como usted cree que soy?

—Era una broma, señorita. Yo me habría detenido a prestar ayuda a cualquiera que la necesitase.

—Así me gusta.

—Pero, diciéndole la verdad, sin hipocresía, prefiero que haya sido usted: así he podido conocerla.

—Eso es distinto. Lo que yo quería saber era si su buen corazón estaba solamente destinado a las mujeres jóvenes y bonitas.

—Mi buen corazón, como usted le llama, está a la disposición de todo el que lo necesita. Pero hay una zona que es mucho más exigente...

Rieron los dos, estrechándose la mano.

Y él, de pie, junto a su coche, la vio alejarse, experimentando una anormal e inusitada sensación de vacío que no llegaba a comprender por completo.

.

CAPÍTULO VIII



UANDO llegó al hotel “Sole”, Ed tomó un refrigerio, todavía impresionado por la belleza de la muchacha; luego, diciéndose que no podía dejar por más tiempo su trabajo, fue en el coche hasta la fábrica de Bettino.

—El señor ha salido ya. Hemos cerrado —le, dijo el portero—. Hemos cerrado y todas las empleadas han salido.

—¿No sabe dónde podré encontrarle?

—Estará en el Casino.

—Gracias.

El Casino era un edificio moderno, con una fachada de color claro. El interior había sido concebido con gracia y los salones, todos ellos profusamente iluminados y de paredes claras y alegres, daban un ambiente grato y acogedor al conjunto.

No tardó en encontrar al poderoso italiano.

Estaba sentado en un rincón, con una botella de vino blanco sobre una mesita. Rió al ver llegar al agente.

—Buenas tardes —le saludó con una efusividad latina—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias.

—¿Un traguito de Chianti?

—Bien.

Bebieron ambos, después de brindar.

Luego, Mario preguntó:

—¿Sigue persiguiendo a las “damas”?

—Hacemos lo que podemos.

—Si es verdad que son tan hermosas como dice, la que me visitó esta mañana, cuando ustedes salieron, debía haber sido una de ellas.

Ed se puso en guardia, vagamente inquieto.

—¿Le visitó una mujer?

—¡Y qué mujer! ¡Maravillosa! Si yo hubiera sido uno de esos hombres que se ponen pálidos al ver una falda, hubiera hecho una locura. ¡Pero Mario es un hombre de negocios y no tiene tiempo para perderlo de esa manera!

—¿Qué quería esa mujer?

—Comprar. Y ha sido una maravillosa operación. ¡Mario es un hombre de suerte!

—¿Cómo era?

Mario entornó los ojos.

—Bella, bellísima... ojos claros, labios perfectamente dibujados, una

silueta fantástica, una voz muy dulce... hablaba el italiano con bastante soltura... Pero lo que más me llamó su atención fueron sus cabellos.

Cuff se estremeció, sin saber por qué.

—¿Cómo eran? —inquirió, ya con un hilo de voz.

—Gris ceniza, brillantes como rayos de luna.

No cabía duda... ¡era la misma que había encontrado y auxiliado en la autopista!

—¿No le amenazó ni le dijo nada?

—¡Claro que no! Me pagó, religiosamente, medio millón de créditos y yo voy a enviarle la mercancía que eligió. Eso es todo.

Y como Ed no dijese nada, prosiguió:

—Creo que está usted obsesionado con esas mujeres y ve “damas” por todas partes, ¿no es eso?

—Sí —confesó el agente.

—Pues esta vez, amigo mío, se ha equivocado. Porque esa deliciosa muchacha se ha limitado a pagarme, por adelantado y en metálico, el importe de su interesante compra.

—¿Ha verificado usted la legalidad de los billetes?

—Desde luego. ¡Mario no ha nacido ayer!

—¿Y la cantidad?

—Correcta. Hasta el último centavo. Quinientos mil, ni uno más ni uno menos.

—No lo comprendo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada. No sé por qué, pero estoy convencido que esa muchacha era una de las “damas”. Me la encontré en la pista.

Y contó someramente lo ocurrido.

—Era bonita, ¿verdad?

—Mucho. Pero si era una de las “damas”, no entiendo cómo abandonó esta ciudad sin hacerle nada a usted.

—No piense más en eso, amigo: se volverá loco. Lo que ha ocurrido es que Mario no es como los otros, como esos tipos de los que me habló usted esta mañana. Y las mujeres, al ver a Mario, se dan cuenta de que no es tipo con el que pueda jugarse.

Red sentía asco de aquel pretencioso repugnante; pero, por otro lado, estaba contento de que nada le hubiese ocurrido, ya que no debió acompañar a Leslie hasta Roma.

¡Cómo se hubiera puesto el “viejo” si algo hubiera ocurrido a Bettino durante la ausencia de Cuff!

Fue el italiano el que se levantó, después de echar una ojeada a su reloj.

—Bueno, amigo... yo me voy. Acostumbro a pasar por mi despacho antes de irme a dormir. ¿Nos veremos mañana?

—Sí.

—¡Y deje de pensar en las “damas”!

—Procuraré hacerlo.

—Haga como Mario. Mira a las mujeres, pero ellas saben que no hay nada que hacer con él. ¡Muchos sudores me ha costado ganar mi dinero para tener que compartirlo con una de esas brujas! ¡*Chao*!

—Hasta mañana...

Mario salió al exterior, respirando con placer el aire cálido de la noche. Tenía el coche cerca del Casino y subió a él, dirigiéndose después hacia el edificio de su industria.

El portero de noche corrió a abrirle la portezuela.

—¡Buenas noches, *signore*!

—Buenas noches, Pietro. ¿Nada de particular?

—Un señor vino a verle, uno de los que estuvieron aquí esta mañana.

—Ya lo he visto. Un pobre muchacho al que las preocupaciones no dejarán vivir mucho tiempo. ¿Tú qué piensas de las mujeres, Pietro?

—¿Yo?

—Sí. Estás casado, ¿verdad?

—Sí, *signore*.

Mario insistió:

—¿Y qué piensas de las mujeres?

El hombrecillo sonrió, luego repuso:

—¡Que son una lata, *signore*! La mía no me deja ni a sol ni a sombra. Y cuando usted no paga, los sábados, se presenta aquí, esperándome en aquella esquina, con todos los “bambinos” de la mano, para obligarme a entregarle todo.

Mario lanzó una carcajada.

—¡Fuiste tonto, Pietro! ¡Tonto de capirote al casarte! ¡Mírame a mí! ¡A Mario no le cazarán! No hay más que mujeres en la fábrica y tú lo sabes... ¿y no están domadas, Pietro?

—Lo están, *signore*.

Mario penetró en el edificio, dirigiéndose hacia los ascensores sin dejar de

reír.

Lo que Pietro le había contado seguía divirtiéndole e imaginaba jocosamente la escena de la mujer, gorda y vieja sin duda, con los “bambinos” en la esquina, dispuesta a gritar como una loca si su hombre no le entregaba hasta el último centavo.

Una vez en el despacho y no teniendo ni pizca de sueño, se dijo que podía pasar unas horas agradables contando su dinero. Con los quinientos mil que había puesto en la caja aquella mañana, la suma total debía ascender ya a...

Pero no. Mejor era contarlos, ir descubriendo la cantidad, sentir aquel maravilloso placer de ir alineando los billetes en montones cada vez más numerosos...

Abrió el cofre, manejando la compleja combinación de la puerta. Pero cuando tiró de ésta hacia él y la abrió, una humareda espesa brotó de su interior.

—¿Eh?

La abrió del todo.

Sofocado, pero lleno de pavor, hizo un esfuerzo, lanzándose hacia la caja, procurando ver algo. Incapaz de conseguirlo, corrió hacia las ventanas, abriéndolas de par en par y encendiendo, al mismo tiempo, los ventiladores que había sobre la mesa.

El humo se disipó lentamente.

Y entonces, ante sus desorbitados ojos, apareció algo que le hizo estremecerse de pies a cabeza.

¡Todo había ardido!

Dinero y documentos. Los archivos especiales y montones y montones de billetes.

—¡Todo lo que poseo! ¡No es posible! ¡No es posible! ¡No es posible!

Y retrocedió, aterrado, llevándose la mano al pecho, notando que la vida se le iba.

—¡No es posible! ¡No es posible! ¡No es posible!

De repente, una especie de ronquido, de rugido atroz, brotó de su garganta. Y cayó pesadamente, sin lograr afianzarse en el borde de la mesa, hacia donde extendió inútilmente sus manos.

* * *

Ed abandonó el Casino y se dirigió hacia el hotel. Dejó el coche en la puerta y penetró en el animado “hall”. Pero su corazón no estaba de acuerdo con la alegría que parecía reinar allí.

Meditaba. La imagen de la muchacha, que hasta su llegada a Villa Piccola

había estado asociada a una sensación de placer agradable, rondaba ahora su espíritu, atormentándole, haciéndole dudar de muchas cosas, ya que si se trataba de una de las “damas”, lo que había ocurrido con Mario le desorientaba por completo.

¿O es que habían cesado aquellas venganzas curiosas, en defensa de las mujeres burladas u oprimidas?

Pero también podía ser que la muchacha de los cabellos color ceniza no fuese una “dama”, sino, como había dicho Mario, una buena cliente de sus famosas telas.

Fue hacia el fondo del bar, diciéndose que no podría dormir aquella noche; Sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, notando que sus dedos habían rozado con un papel.

Intrigado, sacó el papel y lo desdobló.

Había unas cuantas palabras escritas que le pusieron los pelos de punta.

“Señor Cuff: Aprovecho estos instantes mientras está usted arreglando mi rueda. Nunca pensé, en verdad, que un agente de la SIP fuera un muchacho tan amable. Sobre todo usted, amigo mío. Claro que cuando lea esta nota, que voy a meterle en el bolsillo mientras bebemos en mi coche, se enfadará un poquito. No lo haga, amigo mío. Ambos, aunque no lo crea, estamos en la misma trinchera. He oído hablar del Servicio de Ejecuciones de la SIP. Nosotras somos algo parecido. Y nuestro deseo es despertar en ustedes un afán de justicia hacia ciertos casos de los que hasta ahora no se ocupaban demasiado.

“Siempre agradecidas por su amabilidad,

“Póquer de Damas”.

Ed se quedó de piedra.

No obstante, su cerebro asoció muchas cosas a toda velocidad. Se levantó de un salto y corrió, ante el asombro de los presentes, hacia la salida, precipitándose en su coche y apretando el acelerador al máximo, hasta que frenó ante el edificio de la industria textil.

El portero corrió hacia él, alarmado por aquella llegada imprevista.

—¿El señor Bettino?

—Ha subido a su despacho, señor.

—¡Venga conmigo! ¡Aprisa!

—Pero...

—¡Venga y no haga preguntas!

El ascensor les dejó en la planta donde estaba situado el despacho del director. Momentos más tarde abrían la puerta y penetraban en el interior de la habitación, donde flotaba aún una ligera humareda.

Ed vio el cuerpo de Mario.

—¡Dios mío! —exclamó el portero.

Pero el agente, sin hacerle caso, se arrodilló, comprobando en pocos segundos que Mario era ya cadáver.

Luego fue hacia la caja, examinando detenidamente las cenizas que se amontonaban por doquier. No se veía nada, ni el menor trozo de papel entero.

¡Las “damas” habían vuelto a salirse con la suya!

Cuando el médico que llamó Pietro diagnosticó una muerte por crisis cardíaca, Cuff comprendió entonces por qué las “damas” no habían obrado violentamente en aquel caso.

Sabían cómo podrían provocar la muerte de Mario y le dieron un dinero que debía contener alguna sustancia inflamable que provocó la destrucción de todo lo que había dentro de la caja.

Ya no le quedaba nada que hacer allí. Y, temiendo que podía llegar tarde, salió aquella misma noche hacia Colonia, esperando llegar a tiempo de impedir que las “damas” ganasen de nuevo la partida.

Estaba furioso, como nunca lo había estado.

CAPÍTULO IX



LBERT KUGELMAN era un hombre enorme y debía sobrepasar bastante los dos metros de altura. En juego con aquella descomunal estatura, su cuerpo era amplio, de anchos hombros, manos enormes, como palas de batir masa.

Su altura dominaba todo en el despacho donde ahora, con una sonrisa en los labios, estaba preparando la bebida, entregando después una de las copas a Leslie Neville.

—¡Es ridículo! —exclamó, antes de llevarse el vaso a los labios.

Y como el agente no dijese nada continuó:

—Comprenda usted, amigo mío, que no puede compararme con todos esos tipos, que según su relato, merecían un poco la venganza de esas mujeres.

—¿Usted cree?

—Desde luego que sí. Puede ser cierto, a medias, lo que la gente dice por ahí: que soy duro con las prisioneras. Pero veamos... ¿es que no lo merecen? Todas ellas están aquí por algo.

—No hay criminales, ¿verdad?

—No. Esta prisión acoge a delincuentes que cumplen condenas de no más de cinco años: ladronas, chantajistas, mujeres de vida ligera, “abusonas de confianza”, “mecheras”, timadoras... toda esa fauna que pulula en las grandes ciudades.

—¿Y no obra usted con excesiva dureza?

—No lo creo. Lo que intento es, además de cumplir con mi deber de director, reformarlas, meterles en sus duras cabezas que deben obedecer a la ley, que deben someterse y no volver a hacer locuras. Yo le aseguro, amigo Neville, que ninguna de las que sale de aquí vuelve a delinquir. Y ese es mi triunfo personal.

—Comprendo.

—En cuanto temer a una venganza de esas “damas”, cómo usted las llama, me hace reír. Porque yo soy también, como los demás, un prisionero y hay que atravesar muchas paredes y pelotones de guardia para llegar hasta mí...

—Hasta ahora han demostrado ser muy listas.

—Pero aquí pierden el tiempo. Por eso considero ridículo y hasta ofensivo que la SIP le haya enviado a usted para protegerme.

—Se equivoca. Estoy aquí para detener a quién intente hacerle algo.

—Lo que viene a ser lo mismo.

Leslie dijo:

—Si usted lo dice.

—Desde luego. Por algo he pedido una conferencia con el jefe de la SIP. Quiero hablar con Donald. Callowan, desde aquí, delante de usted, para rogarle que me dejen tranquilo.

Leslie suspiró, pero no dijo nada.

Y en aquel momento sonó el teléfono.

—Debe ser mi conferencia —dijo Albert, descolgando—. ¿Diga?

—Ha llegado un señor que dice ser de la SIP, señor director. Y ha preguntado si un tal Leslie Neville está aquí.

—Dígale que pase.

Momentos después, Ed penetraba en el despacho, estrechando la mano del director de la prisión, que Leslie le presentó.

El teléfono volvió a sonar.

Una vez descolgado el aparato, el director miró a los dos jóvenes, sonriendo.

—Ahora es Washington. ¿Sí?

—Aquí, Central de la SIP.

—Soy Albert Kugelman, director de la Prisión de Mujeres de Colonia. Deseo hablar con Donald Callowan.

—Un momento, señor.

E instantes después le dijeron:

—Aquí, Callowan. ¿Qué hay, señor Kugelman?

—Le llamaba para decirle que considero impropio lo que se hace conmigo.

—No comprendo...

—Pues voy a decírselo claramente. Soy ya muy mayorcito para que se me envíen dos agentes para cuidarme.

—¿Están ahí mis hombres?

—Sí, pero van a marcharse enseguida; es decir, los voy a poner de patitas en la calle.

—Diga al llamado Ed Cuff que se ponga al aparato.

—Pero...

—¡Obedezca, Kugelman!

—Está bien.

Ed tomó el aparato.

—¿Señor?

—Dejad a ese tipo tranquilo. Salid de la prisión y alojaos en un hotel próximo. No tendréis más que esperar hasta mañana.

—¿Y después?

—Dadle vuestras señas a ese cabezota. Él os llamará con urgencia, en el momento oportuno. Cuando eso suceda, ya habréis recibido una fotografía. Buscad entre las presas esa cara y detenedla, pero con cuidado. Luego cogéis el avión y os venís para acá.

—¿Estará todo terminado?

Pero la respuesta fue más asombrosa aún.

—Lo está ya, amigo.

—¿Terminado?

—Sí. La prueba es que estoy fumando puros desde ayer. ¿O es que creáis que me iba a quedar aquí sin hacer nada?

—Pero...

—Nada de explicaciones ahora, muchacho. Seguid mis instrucciones, ¡Ah, y no olvidad de traerme a Albert!

—Está bien.

—Esperad a que él os llame. Luego obrad en consecuencia.

—De acuerdo.

—Buena suerte.

—Gracias.

* * *

La joven había llegado al “Delikatesse”, el local más elegante de la ciudad, dos horas antes de medianoche. Desde su llegada, su belleza luminosa, deslumbrante, llamó la atención por doquier y fueron muchos los caballeros que, atraídos por ella, la invitaron a beber y bailar, viéndose rodeada poco después de llegar por una verdadera cohorte de aduladores.

La chica era esbelta, con una preciosa cabellera negra que le caía sobre los hombros. Agradable, simpática y emprendedora, pronto se convirtió en el

centro de la atracción general.

Hasta que la cosa se agrió.

Fue un poco más de media noche cuando la joven y el equipo que la rodeaban empezaron a romper copas, a lanzar botellas sobre los espejos y, en total, a destrozar todo lo que se les ponía al alcance de la mano.

Y lo peor era que la muchacha se había constituido en campeona indudable de lanzamiento, pues su magnífica puntería pronto se destacó sobre sus acompañantes.

La policía intervino media hora después.

Fueron detenidos todos los alborotadores que, naturalmente, al salir de la Comisaría, fueron separados: los hombres para ser llevados a la prisión de Berter y la muchacha para ir a la de mujeres.

Durmió aquella noche en una celda. Y a la mañana siguiente, cuando creía que le traían el desayuno, la alta e imponente silueta del director apareció en el marco de la puerta, teniendo que inclinarse para entrar.

Ella rio con insolencia.

—¿Puedo saber qué le hace reír? —preguntó el director con voz ronca.

—Usted. Nunca me imaginé un director así. ¿No estaría usted mejor en un circo?

Ahora sonrió él.

—¡Muy graciosa! Lástima que tenga que darse cuenta, enseguida, que aquí no hay sitio para las graciosas. No tenemos sentido del humor...

—Es una lástima.

—Puede ser. ¡Müller!

Un hombre apareció en el umbral, con un látigo en la mano.

—Esta estúpida se ha reído de nosotros —dijo el director—. ¿No te parece que merece una buena ración de latigazos?

El otro sonrió.

—¡Naturalmente! ¿Cuántos?

—Seis. Para empezar es bastante.

Pero la muchacha, que había retrocedido, gritó:

—¡No pueden hacerlo! ¡La ley prohíbe castigar físicamente a los detenidos!

—¿De veras?

—No podrá evitar que llame a un abogado y cuando compruebe que me han golpeado...

El director guiñó el ojo al hombre.

—Es lista, ¿eh? —y mirando a la muchacha se encaró—: Nos tomas por tontos, ¿verdad? Ese látigo, amiguita, es un invento de Müller. ¡Una

verdadera maravilla, ya que no tiene que hacer fuerza para golpear! Una simple caricia y ya está... ¿Y sabes por qué?

Ella no dijo nada.

—Voy a explicártelo, porque nadie te creará, ya que nunca habrá la menor marca en tu cuerpo. Ese látigo se enchufa a la electricidad y produce desagradables y dolorosas descargas, sin dejar marca alguna. ¡Enchúfalo, Müller!

El otro obedeció.

Y el látigo cayó suavemente sobre la joven, pareciendo una escena filmada con cámara lenta. Pero el dolor era espantoso y antes del quinto latigazo la muchacha se había desplomado sin conocimiento.

Albert soltó una risotada.

—¡Muy bien! Se recuperará enseguida.

—¿Va a dejarla salir al patio con las otras?

—¿Por qué no? Creo que tendrá la lengua quieta después de esto.

—¡Desde luego!

—Vamos...

Durante el resto del día, Albert estuvo en su despacho, echando, desde la ventana, algunas ojeadas a las presas, que se paseaban por el patio bajo la vigilancia de los guardianes, armados hasta los dientes.

Sonrió con aire de suficiencia.

La sumisión de aquellas mujeres no podía ser más completa. Y él sabía que el látigo inventado por Müller era el “argumento” decisivo que había doblado las voluntades más férreas y los caracteres menos dulces.

Dos horas más tarde las vio dirigirse de nuevo a sus correspondientes celdas, quedando el patio desierto.

Pensando en la estupidez de la SIP, cuyos agentes podrían resultar molestos, sobre todo si metían las narices en lo que no les importaba, Albert se dijo que había estado muy oportuno llamando por teléfono a Callowan y mostrándose firme con el jefe de la Spacial International Police, obligándole a que dijese a sus dos muchachos que le dejaran tranquilo.

Llevaba muchos años como director de la prisión y no estaba dispuesto a permitir que nadie viniese a inmiscuirse en sus asuntos.

Cenó con Müller, charlando con él como de costumbre y comentando la fracasada visita de los agentes de la SIP.

—Con nosotros, amigo mío —dijo—, se han equivocado. Tenemos autoridad y no estamos dispuestos a ceder ante la presión de unos policías, por muchas famosas iniciales que tengan.

—¿No teme usted la visita de esas “damas”?

—¡No me hagas reír, Müller! ¿He tenido alguna vez miedo a alguien?

—No.

—La prisión es una verdadera fortaleza y ya sabes cómo se puede entrar en ella: no hay más que un camino, el rastrillo. Y cuando alguien pasa por él, le espera una celda y, si protesta, como la rebelde de esta mañana, tu látigo la doma enseguida. ¿Cómo quieres que me preocupen esas estúpidas “damas”?

—Es cierto.

—Esas cosas pueden preocupar a los muchachos, de la SIP; acostumbrados a impresionarse en cuando un par de histéricas se lanzan a la calle para asustar a unos cuantos memos. Pero aquí yo soy el amo y nadie se atreverá a asomar las narices... porque saldría malparado.

—Así es, señor.

—Trae aquella botella de “whisky”. Brindaremos por habernos quitado de encima a esos impertinentes moscones de la SIP.

Iba a levantarse Müller cuando uno de los empleados de la prisión irrumpió en el comedor.

—¡Señor! ¡Señor!

Albert le fulminó con la mirada.

—¿No te tengo dicho que no me interrumpas cuándo cómo?

—Lo sé, señor, pero es que es muy importante.

—¡Habla de una vez!

—¡Se están muriendo, señor!

—¿Quién?

—¡Las detenidas! Oímos un grito en una de las celdas y nos encontramos con una mujer ya fría, helada... Luego... Luego...

—Luego ¿qué, pedazo de imbécil?

—Lamentos por todas partes, señor. Y fuimos comprobando que las mujeres se morían... todas... señor... todas...

—Vamos, Müller.

No tardaron más de dos minutos en penetrar en las amplias galerías a las que daban las celdas. La mayor parte de ellas estaban abiertas y todos los empleados corrían de un lado para otro, sin saber hacia dónde ir ni qué hacer.

—¡Silencio! —tronó Albert, con su voz potente.

Consiguió que el revuelo cesase, yendo después, seguido por Müller, de celda en celda, comprobando que la información que le habían dado era cierta.

Las mujeres yacían en el suelo, inmóviles, heladas, con un hilillo de sangre que les brotaba de los azulados labios.

—¡Han debido envenenarse, señor!

Albert sintió que le temblaban las piernas.

Y cuando terminó de hacer la ronda, comprobando que la totalidad de la

población penal había dejado de existir, corrió a su despacho, temblando cómo si hubiera contraído una fiebre maligna.

—¡Es mi ruina! ¡Mi desprestigio para toda la vida! Porque a ningún director le ha ocurrido esto... ¡Toda la población muerta, envenenada!

Se dejó caer en un sillón, mirando, sin verle, a Müller, que estaba ante él.

—¿Qué va usted a hacer, señor? —inquirió tímidamente el hombrecillo.

—No lo sé.

Y de repente, al considerarse tan solo como perdido, recordó la dirección que le habían dado los agentes de la SIP.

—¡Ellos podrán ayudarme! —exclamó.

Momentos después entraba en comunicación telefónica con los dos muchachos, que no tardaron en presentarse en la prisión.

Ed y Leslie entraron en el despacho, escuchando lo que el director les contaba.

—¡Alguien ha traído veneno y me ha arruinado! —terminó exclamando.

—No se preocupe —le dijo Cuff—. Nadie ha muerto.

—¿Eh?

Ed sonrió.

—Le advertimos que tuviera cuidado con las “damas”, pero usted se rio ante nuestras propias narices, diciendo que no se atreverían a llegar hasta aquí. Y ahora ¿qué dice?

—¡Nadie ha entrado en la prisión!

—Se equivoca...

—Entonces... ¿esas mujeres no están muertas?

—No.

—¡Estupendo! ¡Ahora verán lo que hago con ellas! Me han hecho pasar un mal rato, lo confieso... pero peor va a ser el que esas brujas van a pasar, y si encuentro a la culpable...

—No la encontrará.

—¿Por qué?

—Porque yo voy a impedirselo.

—¿Eh?

La pistola había aparecido en las manos de Ed como por ensalmo. Se volvió hacia su compañero y le dijo:

—¡Pon las esposas a esos dos, Leslie!

—Encantado.

Cuando estuvo hecho, Ed pronunció las fatídicas palabras:

—Quedan detenidos en nombre de la SIP. Tú quédate aquí con ellos,

Neville. Yo voy a echar una ojeada por abajo.

Penetró en el interior de la prisión, sacando el retrato que había recibido por radio desde Washington. Y cuando, después de recorrer varias celdas, vio el rostro que correspondía al de la foto, sonrió.

Se cargó a la muchacha, llevándola al despacho y desde allí al coche que les esperaba fuera.

Una hora más tarde, ocupando sendos asientos en el astrocohetes que debía conducirlos a América, los dos agentes miraban a la joven que, tendida en una litera, cerca de ellos, dormía profundamente, recuperando poco a poco su color natural.

—Se parece muchísimo a la muchacha de cabellos ceniza que encontré en la autopista.

—Puede que se trate de hermanas gemelas.

—Es posible.

—¿Fue la otra la que se encargó de matar a Mario Bettino?

—No le mató, pero provocó su muerte.

—Hasta ahora se han salido con la suya.

—Sí, pero Callowan me dijo, como ya sabes, que el asunto estaba terminado.

—Estoy ardiendo en deseos de saberlo todo.

—No tardarás mucho en oírlo de los labios del Viejo.

CAPÍTULO X



ALLOWAN suspiró con satisfacción.

Tenía uno de sus famosos habanos entre los dedos y lo olfateó glotonamente antes de encenderlo.

Leslie y Ed le miraban en silencio.

Lanzó una bocanada de humo azulado; luego, recostándose en el sillón, exclamó:

—¡Otro asunto concluido, muchachos!

—Estamos esperando una explicación, señor.

—Vamos a ello. Pero tenemos que partir del principio, de un detalle que se nos escapó y que fue el que me orientó, mucho más tarde, cuando estaban ustedes en Europa.

—¿Cuál?

—Fue un detalle que al mismo tiempo, constituyó el único error de las “damas”.

—¿Utilizar a Parkins, el mayordomo de Bates?

—No, eso no, ya que si lo hicieron es porque podían hacerlo, como luego veremos. No, el detalle fue el de dejar que Bates acompañase a la pelirroja hasta su casa. Edward la vio entrar en el parque, después de haberla besado. Luego se fue.

—¡Pero aquella no era su casa!

—Ese es el error, muchachos. Lo estuve reflexionando, recordando lo que Bates había declarado cuando habló de ello. Releyendo después vuestros informes, vi con satisfacción que la muchacha había abierto la puerta del jardín con una llave...

—Pero podía haberla mandado hacer para engañar a Bates.

—Es posible, pero yo no podía quedarme en la duda. Así que visité a la dueña de la casa.

—¿La profesora?

—En efecto, la profesora Christina Ellis. Pero antes hice una profunda investigación sobre ella, descubriendo cosas que me abrieron los ojos.

—¿Cuáles?

—Primero: Christina había estado casada. Segundo, no era viuda sino que, como pude averiguar, había sido abandonada por su marido. Tercero y muy importante, la profesora tenía una hija. Y cuarto y fundamental, en una revista vieja encontré una foto de la mamá, el papá y la niña. Esta foto me hizo saber dos cosas: que la niña era pelirroja de nacimiento y que el padre era... ¡el padre de Justin Bates!

—¿Eh?

—Sí. Algo, en verdad, oscuro y difícil de explicar. Pero luego lo he sabido todo de labios de la profesora.

—¿Qué le ha dicho?

—Veréis: Christina Ellis se casó muy joven con un hombre que por entonces era un pobrecillo. Ella, por el contrario, le proporcionó una situación holgada, ya que los Ellis vivían en la abundancia. El hombre, Elvis Bates, que entonces, y ya pensando en lo que iba a hacer, se procuró otro nombre falso para contraer matrimonio con aquella profesora despistada, arregló las cosas para apoderarse de la casi totalidad de la fortuna de su esposa, huyendo después de su lado.

—¿Y no le denunció?

Callowan se encogió de hombros.

—Hay cosas que son difíciles de comprender. Christina estaba locamente enamorada de aquel granuja y esperó año tras año a que él reapareciese, arrepentido y sumiso, enamorado de nuevo, aunque se hubiera gastado todo lo que se llevó.

—Pero no volvió.

—No. Y la profesora, que se había puesto a trabajar acuciada por la precaria situación en que el pillo de su marido le había dejado, se consagró a su trabajo y a su hija. Y a algo más... A cultivar el odio más espantoso que un ser humano haya podido sentir.

“Durante años, mientras su hija crecía, ella no pudo cerrar las heridas que el abandono de su esposo había abierto en su alma atormentada. Y así fue fraguando una venganza, primero contra su esposo, por si algún día aparecía. Y luego, por extensión, hacia todos los hombres que hiciesen lo que ella había sufrido.

“No tuvo suerte respecto a su esposo, ya que el padre de Bates murió en Europa, pero ya lo suficientemente rico para dejar a su retoño una fortuna colosal con la que Justin, que no era tonto, montó el fabuloso negocio de los Supermercados.

—Entiendo.

Donald siguió:

—No obstante, ella supo enterarse de que su marido se había casado en Europa y que había tenido un hijo que, casualmente, vino a establecerse a la ciudad donde la profesora vivía.

“Mientras tanto, Virginia, su hija, se había convertido en una hermosa criatura, que estudiaba en Boston, ya que su madre no deseaba que la vieses en Chicago.

—¿Y luego?

—Cuando Christina juzgó llegado el momento de poner su plan en

marcha, llamé a su hija y le confesé la verdad. Impresionada y horrorizada, Virginia se prestó a todo lo que deseaba su madre. Y aquí empezó la acción del “Póquer de Damas”.

—¿Y las otras tres?

Callowan sonrió.

—El póquer —dijo— no es más que un as... Virginia, una muchacha que, como ha confesado, no hacía más que cambiarse el color del pelo.

—¡Es formidable!

—Más que formidable, interesante. Porque la historia no ha terminado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que hay un fondo trágico en todo esto. Los médicos que han examinado a Christina han diagnosticado, sin lugar a errores, una enfermedad mental, una paranoia o delirio de persecución... desgraciadamente incurable.

“La profesora pasará los años que le queden de vida en un frenocomio.

—¿Y su responsabilidad?

—No tiene ninguna.

—Entonces ¿todo recae sobre esa muchacha?

—En efecto, Ed. Todo recae sobre esa muchacha... Y yo soy el primero en lamentarlo.

Ed cerró los puños.

—¡No puede ser! Ella no hizo más que obedecer a su madre.

—No importa. Aunque analizando los casos...

—¿Qué casos?

—Todos los que en ella intervino. Empezando por Bates que, lo queramos o no, era su hermano de padre.

—¿Lo sabía ella?

—No.

—¡Eso cambia!

—Posiblemente, pero déjame seguir, muchacho.

—Perdone...

—Bien. En el caso de Bates, creo que no podrá exigírsele nada grave, ya que está demostrado que ella ignoraba la composición del rojo de labios que su madre le puso y no sabía que contenía una sustancia corrosiva y venenosa a la vez.

—¿Y cómo es que ella no sintió nada?

—Porque el ácido y el veneno fueron extendidos por la madre, que no hay que olvidar que es una profesora de química, de manera superficial, colocando entre las sustancias peligrosas y la piel de su hija una capa aislante de toda seguridad.

—¡Ah!

—El caso de Bates no puede, por lo tanto, recaer sobre Virginia Ellis.

—¿Y los otros?

—Saltándonos el de Delay, el médico diagnosticó un ataque cardíaco como causa de la muerte de Mario Bettino. En cuanto a Albert Kugelman, tendrá que ser él y el otro, Müller, el inventor del látigo eléctrico, los que tendrán que hablar ante el juez.

Ed preguntó:

—¿Quién preparó el soporífero que hizo que las presas pareciesen muertas?

—La madre de Virginia.

—Entonces no queda más que el caso de Delay, ¿verdad?

—Sí. Virginia tendrá que responder ante los tribunales de ese homicidio voluntario. Claro que hay atenuantes, ya que la confesión que consiguió de aquel granuja ha servido para desenmascarar una de las organizaciones más vergonzosas que había en Francia.

—Entonces...

Callowan sonrió.

—Hasta ahora, muchacho, te he estado escuchando sin decir nada. Fíjate bien en que Leslie no ha despegado los labios. Yo ya comprendo tu interés. Y ahora... una pregunta: ¿desde cuándo estás enamorado de esa muchacha?

Ed enrojeció.

Luego repuso:

—Desde que la encontré en la autopista, señor.

—¿La quieres de verdad?

—Sí.

—¿Para casarte con ella?

—Sí.

—Sabes que tendrás que abandonarnos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Has hecho mucho por nosotros, es cierto, y tu historial está lleno de buenos trabajos. Creo que, para mi desgracia, de vez en cuando he de rendirme a la evidencia.

—Lo siento, señor.

—No lo sientas. Pero lo que sí quiero que sepas es que, aunque estoy plenamente convencido de la buena fe de Virginia, no escapará a una pequeña condena.

—¿Por lo de Delay?

—No. El tribunal le dará las gracias por haber hecho desaparecer a un

granuja de su tipo.

—¿Entonces?

—Destrucción de dinero del Consejo.

—¡Ah!

—Virginia destruyó, con la sustancia que su madre había puesto en las gomas que sujetaban los billetes, muchísimo dinero y unas pruebas fundamentales. Pero creo que escapará con seis meses de prisión preventiva.

—Gracias, señor.

Callowan volvió a sonreír.

—Ahora puedes pasar a ese otro despacho. Ella quiere hablar contigo...

—¿Está aquí?

—Sí.

Se levantó, desapareciendo en un abrir y cerrar de ojos.

Entonces Callowan, mirando a Leslie, preguntó:

—¿No tienes nada que decirme, muchacho?

—Sí. Quería preguntarle varias cosas, pero Ed no me dejaba.

—Adelante.

—Primero, ¿por qué esas venganzas en distintos países?

—Cosas de la profesora, que había ido reuniendo datos de los hombres que abusaban de la debilidad de las mujeres de cualquier forma.

—Lo comprendo. En el caso de Bates está explicado, en el de Delay también, en el del granuja de Albert, el director de la prisión de Colonia también; pero ¿y Mario?

—Bettino había conseguido algo excepcional. En esta época de maquinización, se dio cuenta de que las labores de artesanía podían imponerse por su rareza. Y de ahí que montase su fabuloso negocio.

—Eso ya lo sé.

—Pero necesitaba mujeres. Y hoy hay muy pocas que quieran trabajar como antaño, sobre todo con lo poco que les pagaba Mario.

—¿Entonces?

—Muy sencillo. Hace años Mario llegó a aquella región cuando Villa Piccola no era más que una pequeña y pobre población de provincia. Llevaba bastante dinero y convenció a los viejos dueños de las tierras para que se las vendiesen. Una vez conseguido, se lanzó a una campaña de propaganda, anunciando que estaba dispuesto a convertir aquello en una ciudad agrícola de las mejores del mundo. Prestaba dinero para comprar tractores, maquinaria de todas clases.

“Todo el mundo le pidió dinero y estaban dispuestos a levantarle una estatua. Pasaron unos años, no muchos y, de repente, Mario se quitó la

máscara y asomó su cara de monstruo, la suya, la de verdad...

—¿Qué hizo?

—Exigir algo que nadie podía cumplir: el pago inmediato de todas las deudas. Como nadie podía devolvérselo, les hizo firmar contratos infames y las familias se vieron obligadas a mandar a sus mujeres y a sus hijas a la fábrica que él, entretanto, había construido. ¿Comprendes ahora?

—Perfectamente.

—La profesora sabía que los documentos infames estaban en la caja fuerte. Por eso sacrificó todo el dinero que tenía para que su hija hiciese caer a Mario en el cepo.

—Muy ingenioso.

—Mario no pudo soportar su ruina y murió. Pero si hubiese sobrevivido y hubiéramos poseído los contratos, habría terminado su vida en la cárcel.

—¡Menudo pájaro!

—Y eso es todo...

—No, creo que falta algo...

—¿El qué?

—¿Y el criado de Bates? ¿Qué papel juega en todo esto?

—Un papel sentimental, es el lado romántico del asunto...

El joven quedó asombrado.

—¿Sí?

—Sí. Parkins estudiaba en la Universidad y estaba locamente enamorado de la profesora. Hasta que se atrevió a confesarle su pasión. Era un hombre bueno y ella se aprovechó, en su locura, para utilizarlo como cómplice. Lo envió a casa de Bates y él estuvo allí, informándola de cuánto hacía su dueño. Fue él quien le dijo que la SIP había entrado en el juego, llamada por Justin. Y fue él quien cambió la cartera del dinero quedándose, como le había dicho la profesora, con el frasco que contenía el antídoto y dando al pordiosero una cartera vacía, con una nota burlona y un frasco de agua que no servía para nada.

Leslie asintió:

—Ahora está todo aclarado.

—Bien. ¿Vamos a ver lo que hace Ed?

—Sí.

Se pusieron en pie y Callowan, que iba delante, abrió suavemente la puerta que comunicaba los dos despachos.

Pero la cerró enseguida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leslie.

—Lo que tenía que pasar, muchacho... aunque yo, en verdad, no me

dejaría besar así por una muchacha que no hace mucho ha llevado la muerte en los labios.

Leslie rio.

Callowan dijo:

—¿Un habano, muchacho?

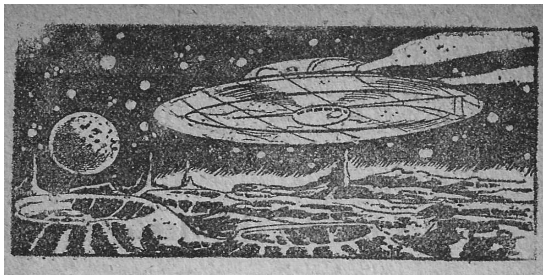
Éste denegó:

—No fumo, señor.

—¡No sabes lo que te pierdes! En fin, dejémosles un poco más... Tienen derecho, antes de que la ley les separe, a decirse muchísimas cosas.

Y encendió el habano.





¿LE GUSTARÍA A USTED EXISTIR DENTRO DE CIEN, DOSCIENTOS O TRESCIENTOS AÑOS?

Sería fascinante, ¿no es cierto?

El medio de realizar este maravilloso sueño y de vivir AHORA los prodigiosos hechos que conocerán las futuras generaciones, se lo brinda la famosa

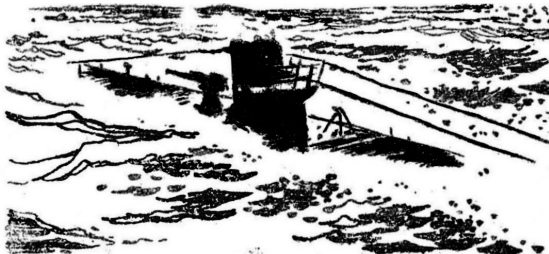
Colección E S P A C I O

Un mundo nuevo, atrayente y desconocido se abrirá para usted en cada uno de sus impresionantes relatos.

Colección E S P A C I O

Cada título es la intrigante y humana aventura de unos hombres que todavía no han nacido, en el marco incomparable de esos ignotos mundos, de los cuales, hasta hoy, sólo ha llegado hasta nosotros como un mensaje indescifrable, el parpadeante destello de su remota y misteriosa luz.

¡SI DE VERAS QUIERE USTED GOZAR DE EMOCIONES NUEVAS Y SOBRECOGEDORAS, ADQUIERA TODOS LOS VOLUMENES DE ESTA PRODIGIOSA Y ELECTRIZANTE COLECCIÓN!



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas...

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares...

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera...

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero...

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección HAZAÑAS BÉLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.



¡UNA HISTORIA DE GUE-RRRA RELATADA EN EL CRATER DE UN OBUS!

EL AGUJERO

Por

MICHEL TAURIAC

*Gran Premio Literario
de Indochina.*

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5

Precio: 60 ptas.

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

COLECCION
DOCUMENTALES – DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO, CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS MUNDIALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTANTES SÚCESOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

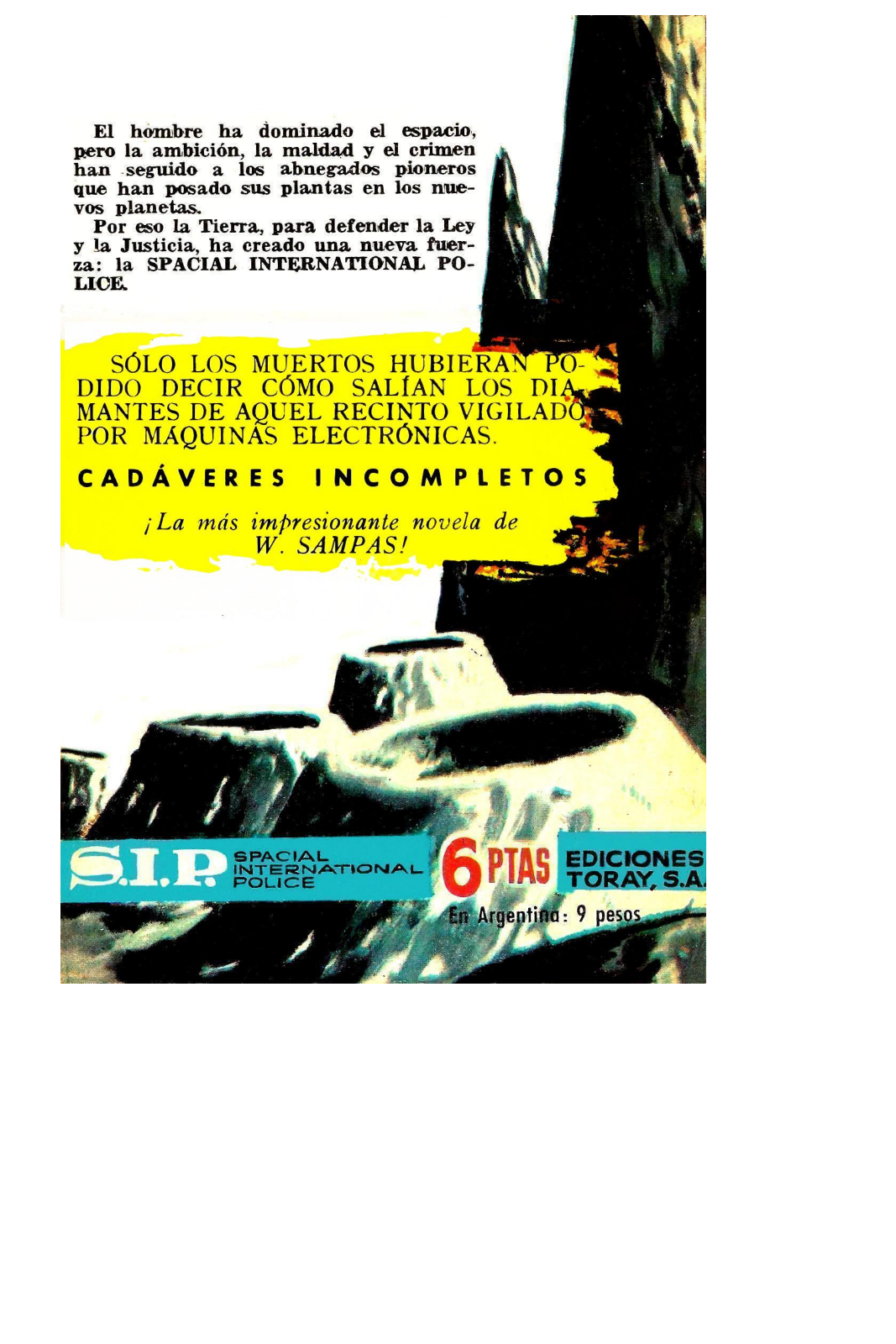
¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los alemanes!

Formosa, las tentaciones de la guerra
Por FERNAND GIGON
¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!

¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN, DE ELLAS 40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ. FORMATO 18x24, ESPLÉNDIDAMENTE PRESENTADOS, CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!

¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo 50 pesetas ejemplar

- 40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
- 41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
- 42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
- 43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
- 44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
- 45.— Policía podrida.— *Alan Star*
- 46.— El planeta negro.— *Johnny Garland*
- 47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
- 48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
- 49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
- 50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
- 51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
- 52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
- 53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
- 54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*
- 55.— Tela de araña.— *W. Sampas*
- 56.— Trampa para caballeros.— *Alan Star*
- 57.— ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*
- 58.— Tráfico inhumano.— *Alan Star*
- 59.— “*Space Boys*”.— *W. Sampas*
- 60.— El supercerebro.— *Johnny Garland*
- 61.— Locura dirigida.— *Alan Star*
- 62.— Póquer de damas.— *Alan Star*



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

SÓLO LOS MUERTOS HUBIERAN PODIDO DECIR CÓMO SALÍAN LOS DIAMANTES DE AQUEL RECINTO VIGILADO POR MAQUINÁS ELECTRÓNICAS.

CADÁVERES INCOMPLETOS

*¡La más impresionante novela de
W. SAMPAS!*

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos